Ensayo de una reconstrucción de la Etnología Prehistórica de la Península Ibérica

(CONCLUSIÓN)

e) Los pueblos Célticos.—Los Beribraces.—Los Cempsos y los Sefes en las fuentes.

Detrás de los iberos del reino de Valencia, que por la arqueología sabemos que se extendían, además, a lo menos por todo el Bajo Aragón, no sabemos sino que en las montañas que limitan las provincias de Valencia y de Cuenca vivían los Beribraces célticos, tanto por su nombre, como por su cultura de la segunda edad del hierro (1).

Estos Beribraces son el extremo oriental del grupo de pueblos célticos del siglo VI, que conocemos sólo por su periferia: en el occidente los Cempsos y los Sefes del Periplo. Se ha dudado que el Periplo conociese celtas en la península, pero además de que los Beribraces lo son indudablemente por el nombre (y por la cultura), el límite que asigna el Periplo a los Cempsos en Portugal: el Sado y los vecinos cinetas pertenecientes a la población pre-céltica coincide exactamente con los límites de celtas y cinetas en Herodoto. Se trata simplemente de que en tiempo del Periplo aun no se conocían bastante las características de los celtas para darse cuenta de la relación de sus distintas tribus, sobre todo viviendo en territorios tan distantes, mientras que en tiempo de Herodoto (cuyas noticias acerca de los Celtas occidentales hay que retrotraer a Hecateo) ya se reconoció tal parentesco.

La localización de los Cempsos y de los Sefes en el Periplo, cuando se trata de obtenerla de un modo más preciso ofrece serias dificultades. Schulten en 1914, colocaba a los Cepmsos en el S. de Portugal, con el S. de la meseta, mientras que a los Sefes les asignaba el N. de Portugal y el N. de la Meseta. Todo el N. de España, incluso Galicia, lo atribuía a los ligures. En realidad, se trataba de un mero tanteo. Actualmente (2), deduciéndolo de una interpretación literal

(1) Véase *Celtas*.

(2) Véase el mapa que acompaña el trabajo de Schulten sobre Avieno en las *Fontes Hispaniae Antiquae*.

del periplo, admite que en el territorio, entre el Cabo Cémpsico (Espichel) y la bahía de Setubal, vivieron los Cempsos (cercanías de Lisboa), después del cabo Cémpsico los Sefes (por Setubal) y luego los Cempsos otra vez (bahía del Sado), pudiendo extenderse tanto los Cempsos como los Sefes hasta muy adentro por el interior. El problema se deja sin resolver para el N. de Portugal y para Galicia.

Nosotros creemos que a esta localización se oponen serias dificultades y que es posible hallar otra más verosímil comparando los textos con los hallazgos.

Lo cierto es que el Periplo sólo habla con claridad de los Sefes cuando situándose en la bahía de Lisboa (1), dice que desde allí los Cempsi y los Saefes poseen los «ardui colles» en el campo de Ofiussa. Luego, en el extremo N. viven «el ágil ligur» y las proles de los Draganos («pernix ligus draganumque proles collocaverunt larem»). Al describir la costa desde el cabo Espichel hasta el Sado, parte claramente del territorio cémpsico (promunturium cempsicum=cabo Espichel), y termina fijando con precisión el límite de los Cempsos respecto a los Cinetas (población precéltica o sea ligura, según Schulten) que llegan hasta el Anas (Guadiana); al nombrar el Sado, dice: «inde Cemsi adjacent populi Cynetum» (2).

Es lógico que entre Lisboa y el Sado no exista más que una sola

---

(1) El Periplo se sitúa en el cabo Cémpsico (Espichel) (v. 182-3), describiendo luego la isla Acala (costa de Gale, según interpreta Schulten siguiendo a Leite de Vasconcellos) y la bahía del Sado. Entonces retrocede y describe los pueblos que ha dejado atrás:

V. 195 Cempsi atque S(a)efes arduos collis habent
Ophiussae in agro: propter hos pernix Ligus
Draganumque proles sub nivoso maxime
septentrione conlocaverant larem.

(2) Que el Periplo parte ahora de nuevo del cabo cémpsico, o sea del cabo Espichel, parece seguro. Después de la digresión de los versos 195-198, que había sido hecha después de fijar los dos puntos salientes del golfo de Setubal con la bahía del Sado: el cabo Cémpsico y la isla Acala (hoy unida a la tierra=costa de Gale) sigue inmediatamente:

v. 199 Poetanion autem est insula ad Sefum(um) latus
patulusque portus, inde Cempsi adiacent
populi Cynetum.....

La isla Petanion es simétrica de la Acala en la parte más cercana a la costa en donde se halla el cabo Cémpsico, de donde parte toda la descripción, siguiendo por la misma costa y mencionando el golfo del Sado (patulusque portus).

tribu, y en realidad el Periplo no menciona ninguna más. Tan solo en un verso corrupto, puesto que tiene una sílaba de más, se dice que la isla Petanion está: «ad Sefumum latus». Si atendiésemos a la topografía solamente deberíamos interpretar que dicha isla está al lado (o sea siguiendo más adelante) del Cempsicum, o sea del cabo Espichel, enmendando Sefumum, que no significa nada, por Cempsicum, que es la palabra que la topografía postula. Pero Cempsicum es también métricamente imposible, por resultar demasiado largo, lo mismo que Sefumum. Schulten enmienda: «ad Sefum(um) latus», y cree que entre los Cempsos se introduciría una cuña de Saefes.

La dificultad métrica es en realidad de peso, pero la dificultad topográfica no lo es menos; y forzar la topografía para admitir una explicación inverosímil en gracia a restablecer la cantidad de un verso corrupto que transcribe de tercera mano el original del periplo, lo creemos aventurado, por lo menos tanto como desconocer el valor de la dificultad métrica y admitir sin más que el pasaje corrupto se refiere al cabo Cémpsico. El problema queda abierto si se tienen en cuenta sólo las fuentes.

f) La arqueología y los Cempsos y Sefes.

Con la arqueología parece resolverse algo más. Desgraciadamente, del siglo VI y del territorio en cuestión no hay hallazgos, siendo preciso acudir a los del período siguiente.

En la segunda edad del hierro se marcan en Portugal dos variedades muy típicas de la civilización céltica: la de los castros del centro de Portugal, desde Alcacer do Sal, precisamente el límite entre Cempsos y Cinetas, hasta la divisoria de la cuenca del Duero con las de los ríos más meridionales (tipo del castro de Santa Olalla junto a Figueira) y la civilización de los castros del Duero y Miño y de Galicia (1).

Si se tiene en cuenta que el Periplo sólo describe la costa no conociendo el interior, y mucho menos tratándose del occidente de la península, se aplicará la calificación de «ardui colles», no a la meseta como hace Schulten, sino a las montañas del N. de Portugal y de Galicia. Además, citando el Periplo las distintas tribus en or-

(1) Véase sobre tales variedades de la cultura céltica mi artículo *Celtas*. También puede verse allí el estado del problema de la fecha y camino de la invasión céltica, que más adelante se trata brevemente.

den y teniendo como puntos fijos la bahía de Setubal, con los Cempsi y el extremo N., «sub nivoso maximo septentrione», en donde viven otros pueblos no célticos, el territorio intermedio resulta ocupado por las dos tribus de los Cempsos y los Sefes. La arqueología, por fin nos enseña que en el siglo siguiente en realidad existían dos variedades de una misma cultura que se corresponden muy bien con dichas tribus y con las regiones naturales del país. Un refuerzo arqueológico lo recibe tal presunción de la seguridad de que también Galicia tuvo una cultura céltica ya en el siglo VI: la de los puñales de herradura.

He aquí, pues, cómo en el siglo VI la etnología de la península resulta clara en sus líneas generales, completándose textos y restos arqueológicos.

g) Los predecesores de los Cempsos y Sefes en Portugal.

El Periplo conserva la tradición de que los Sefes y los Cempsos no son en Ofiussa (la costa de Portugal) sino una población relativamente reciente. Antes vivían allí los Oestrimnios que fueron expulsados por una invasión de serpientes (1).

En esta relación casi mítica se encierra el recuerdo de la invasión céltica y una noticia oscura sobre la antigua población de Portugal.

Schulten hace notar que el nombre de los Sefes se deja reducir en griego al de Σῆπης, o sea al de serpientes. Así la noticia del periplo es sólo la traducción literal del texto griego, confundiendo el nombre propio de la tribu céltica con su significado. Pero además puede llevarse más allá la explicación, teniendo en cuenta que la serpiente aparece con frecuencia como animal sagrado de los pueblos célticos. Los invasores célticos se llamarían a sí mismos con un nombre céltico equivalente a serpiente (caso frecuente entre los pueblos primitivos); el Periplo tradujo dicho nombre al griego, sea que conservase su significación étnica, sea que ya confundiese con etimología popular la tribu con el significado de su nombre. Avieno nos

(1) V. 154 y sig.:

. . . . . haec dicta primo Oestrymnis [est]
155 locos et arva Oestrymnicis habitantibus,
post multa serpens effugavit incolas,
vacuamque glaebam nominis fecit sui.

V. Schulten en *Fontes Hisp. Ant.*, I, com. a los vv. 195-196 de la «Ora maritima».

conservaría la traducción en este último caso o, en el otro, la hizo por su propia cuenta.

Los anteriores habitantes Oestrimnios tienen un nombre idéntico al de los habitantes de la Bretaña del tiempo del periplo. Schulten interpreta esto admitiendo una relación de parentesco entre ambos grupos (1). De momento nos limitaremos a notar que en la tradición recogida por el periplo queda claro que antes de la invasión céltica de Portugal vivían allí tribus de origen distinto, y que con las que no son ni célticas, ni tartesias, ni ibéricas, de la península representan una capa distinta de población, que es la que Schulten reune bajo el nombre de «ligura».

h) Los Draganos.

Esta población ligura de la Península es mencionada precisamente con este nombre por el periplo en el extremo N. de España, «sub nivoso maxime septentrione», en donde cita «pernix Ligus Draganumque proles» (2). Ante todo parece que hay que interpretar esto como significando Draganos la tribu y Ligur la filiación de la misma, de manera que en realidad se trata de un solo pueblo (3). Donde deba localizarse es algo difícil resolverlo. Schulten antes (4) lo localizaba en la costa del S. de Francia (5), pero ahora lo coloca sin fijar una región precisa en el N. de España.

Creemos que es posible intentar la localización de los Draganos con más exactitud: deben situarse cerca de los Sefes los últimamente citados, y, según parece por las palabras del Periplo, hacia el N. y (si las palabras *sub nivoso* no son una amplificación retórica de Avieno) en un lugar en donde la nieve sea frecuente. Teniendo en cuenta, además, que en Portugal y Galicia, con la existencia de dos tribus (Cempsos o Sefes célticos), concuerda la existencia de dos regiones bien caracterizadas de la cultura céltica, que ya en la misma época

---

(1) Véase Schulten en *Fontes Hisp. Ant.*, I, com. a los vv. 154-157 y Proleg. p. 28 edición española.

(2) Véase el texto completo citado antes.

(3) Schulten, *Fontes Hisp. Ant.*, I, com. al v. 196-198.

(4) *Numantia*, I y mapa correspondiente.

(5) *Fontes Hisp. Ant.*, com. al v. 196-198 y mapa. Parece comprender en el territorio de los Draganos incluso Galicia, lo cual por el carácter netamente céltico de su cultura, idéntica a la del N. de Portugal, parece del todo imposible.

del Periplo (siglo VI) se comprueba en Galicia, la tierra de los Draganos no puede ser más que Asturias. Allí nos encontramos «sub nivoso maxime septentrione», ya que la cumbre nevada de los Picos de Europa, que se percibe claramente desde el mar, legitima tal denominación, y además algo más tarde conocemos del N. de España, entrando precisamente en Asturias (aunque todavía conozcamos mal su arqueología), una variedad de cultura posthallstattica en íntima relación con la de los Celtas del Centro de la Península y también con la de los de Galicia y el N. de Portugal, pero sin confundirse con ella y manteniendo cierta personalidad propia que habla de una distinción étnica. Así puede suponerse que Asturias es la región de los Draganos.

Si ellos se extendían por toda la costa N., resulta difícil decirlo, pero creemos que por lo menos el país vasco debió conservar cierto carácter distinto, pues luego, aunque como los Astures (que más tarde habitan en donde ahora suponemos a los Draganos, que podrían ser sus predecesores) se han solido interpretar como ligures (a diferencia de los Cántabros ibéricos de la provincia de Santander, llegados al parecer más tarde), no parece que tales Astures sean del todo análogos a los Vascones del país vasco, cuya interpretación como ligures no se ha impuesto del todo, como ampoco acaba de verse claro que sean iberos (1), siendo lo más probable que, como se desprende de consideraciones arqueológicas que se verán más adelante al tratar de

(1) La identificación de los Vascones con un pueblo ligur véase en Schulten, *Numantia,* I, a base de nombres de lugar y de considerar ligur la lengua actual. H. Schuchardt, *Baskisch=Iberisch oder=Ligurisch (Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien,* 1915, p. 109 y sig.), combate que la lengua vasca sea ligur y que el elemento ligur sea más importante que el ibérico, acerca de cuya importancia insiste mucho. Sin embargo la impresión que sacamos de la lectura del trabajo de Schuchardt, indudablemente el mejor conocedor de tales cuestiones de filología antigua relacionadas con la Península, es que aunque ciertamente no puede considerarse ni mucho menos demostrado que el vascuence sea una lengua ligura, tampoco resulta claro que sea una lengua ibérica por poderosa que sea la aportación ibérica indudablemente importante. Está conclusión no está muy lejos de la que el propio Schuchardt formula en un reciente trabajo *(Die iberische Inschrift von Alcoy Sitzungsberichte der Preuss. Akademie der Wissenschaften,* 1922, p. 83, Phil-Hist. Kl.), en donde insiste en que los elementos ibéricos del vasco pueden no implicar que los vascos deban ser considerados como iberos. En realidad la verdadera naturaleza del vasco continúa, siendo impenetrable y parece representar un estrato anterior, bajo las posibles aportaciones ligures y las evidentes ibéricas.

períodos anteriores, sean un elemento étnico distinto de ligures y de iberos y, en nuestro caso, no debiéndose confundir tampoco con la población de Asturias. Por otra parte, el Periplo no autoriza para hacer suposiciones acerca de la zona inmediata a Francia, ya que habló de su principio (vv. 14 8-151, 158-160) sin citar en ella pueblo ninguno y pasando sin detenerse a describir la costa cantábrica, lo cual permite suponer que tal costa no era frecuentada, sino tan sólo vista desde el mar. Así, conociendo los pueblos de la costa occidental de la Península, el Periplo puede tener indirectamente referencias acerca de la región inmediata a Galicia, pero no parece haberlas tenido de más lejos, o sea de la región no frecuentada.

i) Otros pueblos precélticos y preibéricos.

Así, además de los pueblos Ibero-Tartesios (Iberos en sentido estricto del S. de Francia y de Cataluña y Valencia, sin distinguir en ellos tribus parciales, Gimnetas acaso emparentados con ellos y luego los del grupo tartesio: mastienos, cilbicenos y tartesios propiamente dichos) y de los pueblos célticos (beribraces, cempsos y sefes), conocemos del siglo VI y siguientes los otros, que no parecen parientes ni de unos ni de otros: en Asturias probablemente los Draganos, en Portugal los mencionados Oestrimnios expulsados por los Celtas, y en el S. los Cinetas, junto a ellos en Andalucía (probablemente en la parte montañosa del NW. y N.) los Ileates o Gletes y los Etmaneos, representando un resto de tribus prensadas entre los Tartesios y los Celtas (1); por fin en Cataluña los Ceretas, Ausoceretas y Auseta-

(1) La situación de los Gletes (en el Periplo Ileates) y de los Etmaneos (solo citados en el Periplo) no parece ofrecer dificultad. Se citan en los versos 300 y siguientes, después de describir el curso del Guadalquivir hasta la parte alta de su cuenca. Entonces se retrocede describiendo los pueblos que viven en la parte N. de la cuenca en dirección a mar. Así los que primero se citan son los Etmaneos y luego los Ileates.

v. 291 At mons paludem incumbit Argentarius
. . . . . .
. . . . . .
298 . . . . . qua dehinc ab aequore
salsi fluenti vasta per medium soli
300 regio recedit, gens Etmaneum accolit.
Atque inde rursus usque Cempsorum sata
Illeates agro se feraci porrigunt.
Maritima vero Cilbiceni possident.

Este método de subir hasta la fuente y luego describir las tribus del curso del río re-

nos, así como sus probables parientes del N. W. y Centro occidental de Cataluña (en particular en la comarca de Solsona) y por fin los elementos no ibéricos de los Indigetas, y posibles afines (1) que ya se comunican con las tribus llamadas liguras del Pirineo oriental: los Sordones, que en el Periplo comienzan ya en las montañas del cabo de Creus y que llegan hasta el «étang de Leucate», perteneciendo el próximo golfo de Narbona con esta ciudad ya a los Elésices (2).

i) La entrada de los Celtas en la Península y sus movimientos.

Así el Periplo nos informa de la etnografía del siglo VI, dándonos a conocer el complejo de pueblos que habitaban la Península. Sobre los pueblos precélticos insistiremos luego. Aquí notemos que el Periplo no sólo conoce Celtas en España, aunque no los mencione específicamente con este nombre, sino que con el recuerdo de los anteriores ocupantes de los territorios celtizados nos demuestra que la conquista céltica no puede ser muy anterior. La fecha propuesta por varios autores y últimamente por Schulten: el comienzo del siglo VI parece exacta y viene además confirmada por los hallazgos de los citados puñales de herradura del NW. de España.

---

trocediendo, tiene su paralelo en la descripción de los habitantes de la cuenca del Rodano (vv. 674 y sig.)

Schulten ha considerado en *Numantia,* I, pág. 86 a los Gletes como no iberos ni celtas, suponiéndoles ligures a causa de su nombre en el Periplo: Ileates. Estos parecen ser los que en las fuentes siguientes se llaman Gletes (Schulten, *Numantia,* pág. 86.) La situación de los Ileates-Gletes y de los Etmaneos (estos últimos no citados ya en ninguna otra fuente) parece propia de gente arrinconada en la parte N. de la cuenca del Guadalquivir por la llegada de los tartasios que acabarían asimilándoselos.

(1) Véase la detallada exposición y discusión de todo lo referente a estos pueblos de Cataluña en Bosch, *Assaig de reconstr. de la Etnol. de Catal.* Véase también lo dicho anteriormente en el presente trabajo.

Los Ausoceretas del Periplo, según Schulten (lug. citado com. al v. 549-552), son una mezcla de los Ceretas con sus vecinos los Ausetanos, que el nombre Ausoceretas presupone y que en el Periplo no se mencionan pero que son bien conocidos por fuentes posteriores: en el lugar citado *(Assaig.* etc.) intentamos reconocer a los Ausoceretas en los posteriores Castellanos de Tolomeo y localizarlos en la comarca de Olot-Besalú (La Garrotxa) de la provincia de Gerona.

(2) Ora mar (vv. 552-575). Ver también los comentarios de Schulten *(Fontes Hispaniae Antiquae,* I). A los de los vv. 566 (compárese con el com. a los vv. 586-588) debemos oponer el reparo de que la mención de un litoral «cinético» (v. 566 de la Ora mar.) no demuestra que necesariamente en tiempo del Periplo viva en el Rosellón una tribu con sl nombre de «Cinetas».

Sobre el camino seguido por los celtas nos hemos extendido en otro lugar (1). Digamos sólo que indudablemente llegaron por los pasos del W. del Pirineo (Roncesvalles) y cayeron por la alta cuenca del Ebro sobre la Meseta superior. Allí se debieron bifurcar en distintas ramas. Unos, a lo largo de la cordillera ibérica, fueron hasta el límite con el reino de Valencia (Beribraces). Otros siguieron por el Duero y fueron a Portugal, acaso dividiéndose a su vez y entrando allí, unos por los pasos de Salamanca-Ciudad Rodrigo hacia el Duero portugués, el Miño y Galicia (Sefes), y otros (Cempsos) bajando por el Mondego o bien, después de bajar a Extremadura, entrando en Portugal por las fronteras del Tajo (Valencia de Alcántara) o del Guadiana (Badajoz-Elvas). No sabemos por fin cómo llegaron a sus respectivos domicilios los demás celtas que los nombres de lugar acusan en toda la Meseta.

II. LOS SIGLOS ANTERIORES AL VI EN LAS FUENTES LITERARIAS

a) La Biblia y las noticias referentes a los tartesios.—b) Hesiodo y los ligures.—c) Los demás indicios de ligures en las fuentes.—d) Los nombres de lugar.

Antes del siglo VI son más escasas las noticias de las fuentes literarias; sin embargo, aun es posible sacar algún partido de ellas.

a) La Biblia y las noticias referente a los tartesios.

De la Biblia se deduce que en Andalucía viven los Tartesios por lo menos desde el 1000 o 1100 a. de J. C. Este hecho es confirmado por la tradición recogida por Herodoto acerca de las navegaciones foceas del siglo VI con precedentes griegos anteriores, así como por las huellas y de las relaciones con los Tartesios que ofrecen Estesicoro y Anacreonte. Schulten en un reciente trabajo ha conseguido aclarar notablemente la historia de los tartesios en estas centurias y estudiar las alternativas de sus relaciones con los colonizadores fenicios y desde el siglo VII con los foceos (2).

(1) Véase, *Celtas*.

(2) Schulten: *Tartessos* (Hamburgo, Friederichsen, 1922). Sus conclusiones las resume en parte en el lugar citado de las *Font. Hisp. Ant.* com. a los vv. 265-272. Para las primeras noticias acerca de Tarteso, particularmente las del tiempo de Salomón y Josafat, conservadas en la Biblia y dos inscripciones asirias, una de la época de Sargón,

b) Hesiodo y los Ligures.

De la mayor parte de la Península no se nos dice nada que se refiera a estas épocas, sino en varias noticias sueltas que se refieren en general a los «ligures» como pobladores antiquísimos de la Península.

El texto más interesante porque tiene una cronología segura es el fragmento de Hesiodo, que al describir los extremos del mundo, cita a los ligures como el pueblo principal del Occidente. Esto significa que en tiempo de Hesiodo, o sea en el siglo VII, los celtas no eran todavía conocidos en España, puesto que, de lo contrario, hubiera comenzado a considerarse como Κελτική, como más tarde o por lo menos no hubieran sido los ligures sus pueblos típicos. La localización de los ligures de Hesiodo en parte en la Península parece indudable, pues en aquella época ya los griegos habían comenzado a visitar nuestras costas, de las cuales los viajes fenicios comenzaron

---

sin que sepamos de qué Sargón se trata y otra de Asaradón (680-668), ver los textos en *Font. Hisp. Ant.* I. En la primera de dichas inscripciones Schulten, con Hommel y Meissner, trata de ver un conocimiento del lejano Occidente en tiempo de Sargón I de Asiria (hacia 2000 a. antes de J. C.) o acaso aún anterior (tiempo de Sargón de Akkad): creemos insegura tal interpretación por las razones expuestas en otro lugar anterior del presente trabajo y que hacen creer que la inscriipción discutida no tiene nada que ver con la Península Ibérica.

Schulten, en los lugares citados, resume así sus conclusiones acerca de la historia de Tarteso: Las relaciones con el E. tienen lugar ya hacia el 1500 con un posible comercio con los cretenses (acerca de la imposibilidad de admitir esto, véanse otros lugares del presente trabajo) y hacia el 1100 cristalizan en la fundación de Gades, colonia tiria. Luego Tarteso es dominada por los Tirios hasta que en 700 a. de J. C., a consecuencia de las guerras de Senaquerib en Fenicia, parece decaer el poder en Tarteso. A esa época de dominación fenicia de Tarteso se refieren la fábula de Heracles y Gerión (en realidad la lucha de los Fenicios con un rey de los Tartesios, Gerón, nombre que perdura en el Periplo: arx Gerontis) y la tradición conservada por Macrobio 1, 20, 15, de una lucha naval de Terón (corrupción de Gerón) y los Gaditanos (Schulten, lug. cit. com. al v. 261-264), así como los textos bíblicos acerca de las expediciones a Tarteso de naves judías en compañía de las fenicias que tienen lugar principalmente en los reinados de Salomón y Josafat, pero a las que se refieren otros textos de los Salmos, de los Profetas (Isaías, Jonás, Ezequiel, Hezequias y Jeremías) y aun el mismo Génesis (10, 4) al mencionar a Tarschisch entre los hijos de Javan. Después del 700 comienza la época de decadencia del poder fenicio en Tarteso y las relaciones con los Focenses, hasta que después de la batalla de Alalia son expulsados los Focenses de las costas andaluzas por los Cartagineses, los cuales asumen el papel de los Fenicios.

a llevar noticias a Oriente, aunque envueltas en el misterio, y es verosímil que de dichas relaciones proceda la noticia de Hesiodo (1).

c) Los demás indicios de ligures en las fuentes.

En todo caso no es el único texto que habla de «ligures» como pueblo importante de la Península. Una cita de Eratóstenes conservada en Esrabón dice que la Península fué llamada por «los antiguos»: Λιγυστίνη (2). Claro está que esta cita es de difícil cronología pero no hay duda que se refiere a la época en que ni los celtas ni los iberos habían adquirido la importancia que luego tuvieron. Además la coincidencia con el fragmento de Hesiodo es notable.

d) Los nombres de lugar.

Otros indicios de una época ligura de la Península los ve Schulten (3) en los nombres de lugar de carácter ligur, en los cuales hay algunos de gran fuerza probatoria: cuando encontramos aplicado a la costa del S. de Francia el nombre de «litus cyneticum» que es el mismo que el de los Cinetas del S. de Portugal, es imposible no creer que por lo menos la lengua de que proceden ambos está íntimamente emparentada y viviendo en el S. de Francia uno de los grupos más típicos de ligures, este indicio refuerza notablemente la teoría de Schulten.

Y lo mismo hay que decir del «lacus ligustinus» y de la ciudad «ligustina» de la parte inferior del Guadalquivir.

En algunos casos se nota que una misma cosa tiene varios nombres correspondiendo uno a la población de los tiempos netamente históricos, y representando el otro un período anterior: así el Guadalquivir, en la época en que los tartesios dominaban Andalucía, se llamó Tartessos, pero queda el rastro de un nombre anterior, Perkes, que indica una población más antigua que se está tentado en seguida de suponer con Schulten la ligura de Hesiodo y de los nombres de lugar de carácter ligur.

---

(1) Véase más adelante la discusión del fragmento de Hesiodo (55 de la edición de Rzach).

(2) *Estrabon*, p. 92.

(3) Véase todo lo referente a los nombres de lugar ligures en Schulten: *Numantia* I.

Debemos dejar aquí este problema para insistir más adelante de nuevo en él, pues en la primera edad del hierro no hay datos para estudiarlo arqueológicamente de una manera objetiva y la falta de una cronología segura de tales nombres de lugar, da a la discusión un aspecto de conjetura filológica en el que no queremos entrar por ser en extremo resbaladizo e inseguro. Más adelante, con los resultados que obtendremos en otros períodos, es posible que consigamos aclarar con datos arqueológicos esta cuestión.

En todo caso hay que tener siempre presente que las fuentes literarias no llegan más allá de los alrededores del año 1000 o poco antes y que los nombres de lugar no tienen cronología. Esto obliga a una suma cautela al operar con tales datos si quieren investigarse los siglos anteriores, de los que con seguridad no puede utilizarse más que el material arqueológico, que en cuanto a los grupos bien conocidos y sistematizados, ofrece un terreno más firme.

Al poner en relación culturas con pueblos de nombre histórico o con lo que nos da a conocer la toponimia, debe partirse para los tiempos anteriores al año 1000, siempre que de los resultados arqueológicos como de la base más firme y toda contradicción aparente entre unos y otros datos no puede en ningún caso ser resuelta forzando la arqueología en favor de conclusiones derivadas del estudio de las otras fuentes. Esto es de suma importancia tenerlo claro, pues el haberlo olvidado con frecuencia y haber tratado la arqueología con excesiva ligereza, queriendo buscar en ella la comprobación de teorías preconcebidas o sentando tesis generales en virtud de meras semejanzas exteriores, sin un estudio profundo y completo del material arqueológico, ha puesto en boga tesis como la del imperio ibérico del occidente de Europa o de la construcción de los dolmenes por los ligures que nadie ha podido demostrar. Algo parecido hay que decir del intento de Schulten de pretender que la civilización del eneolítico de Andalucía y sus vasos campaniformes está en relación con el poderío de los tartesios, que por lo tanto estarían ya entonces en España.

III. EL FIN DE LA EDAD DEL BRONCE Y LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO HASTA EL SIGLO VI

a) Los sepulcros de Almería y el fin de la edad del bronce en Andalucía.—b) La civilización hallstattica catalana y sus contrastes con la cultura del interior de Cataluña.

De la primera edad del hierro, anterior al siglo VI, no hay más restos que los de los sepulcros de Almería y en Cataluña las necrópolis y demás estaciones hallstátticas. El fin de la edad del bronce se caracteriza, como se ha hecho notar en otro lugar, por una gran abundancia de hallazgos, particularmente en Andalucía, de tipos relacionados con el occidente de Europa, en general y particularmente con Francia (espadas) y con las islas Británicas (hachas con apéndices laterales). Con las islas del Mediterráneo occidental (cultura de los talaiots) puede admitirse a través de las hachas con apéndices laterales que existió también una cierta relación (1). De todos modos, tales relaciones son superficiales y no indican una identidad de cultura ni

(1) Aunque por la imposibilidad en el estado actual de la investigación de explicarnos satisfactoriamente la etnología de las islas del Mediterráneo occidental, no podemos tratar aquí de ello, es interesante intentar aquí una explicación del por qué del extraordinario florecimiento de tales islas durante la edad del bronce principalmente en su segunda mitad, que contrasta con la pobreza de los hallazgos de la edad del hierro. Hay que fijarse ante todo en que tales islas, a pesar de su natural fertilidad, por sus riquezas agrícolas no explican satisfactoriamente una civilización como la de los nuraghes de Cerdeña y la de los talaiots de las Baleares. Es también de notar la monumentalidad y perfección de sus construcciones y la relativa riqueza de los hallazgos (véase en particular los bronces sardos), así como las relaciones con el Egeo, que parecen no pasar de las islas del Mediterráneo occidental (lingotes cretenses e imitaciones locales de la *Schnabelkanne* en Cerdeña, *Schnabelkanne* en Menorca), de las que son un paralelo las relaciones con Italia (hachas con apéndices laterales) y con España (hachas con apéndices laterales). Todo ello produce el efecto de la consecuencia de un esplendor, debido no al desarrollo y progreso interior sino al comercio. También debe notarse que a tal florecimiento sigue uda súbita decadencia en la que se pierde casi toda memoria del anterior esplendor (véase lo que las fuentes dicen acerca de la rudeza de las costumbres de los Baleares). Precisamente tal decadencia coincide con los principios del primer milenio antes de J. C. que ven el desarrollo de las expediciones de los Fenicios al Occidente en busca de los metales de Tarteso. ¿No podría ser una explicación satisfactoria la hipótesis de que el pueblo de las islas era en la avanzada edad del Bronce el intermediario para el comercio de los metales entre los paises de origen (Andalucía, para el cobre y la plata, las Islas Británicas para el estaño) sea que a estas últimas llegasen directamente o que hubiese aún otro interme-

mucho menos. La sola identidad admisible es la de la civilización del fin del bronce de la Península con Francia.

a) Los sepulcros de Almería y el fin de la edad del Bronce en Andalucía.

Los sepulcros en cuestión pueden fecharse en los primeros siglos de la primera edad del hierro. Los problemas que suscitan son los siguientes:

Dado que ya entonces conocemos la existencia de los Tartesios en Andalucía, ¿se trata de sepulcros tartesios?

Si no lo son, ¿a qué pueblo pertenecen?

En todo caso, ¿en qué relación se encuentran respecto a la cultura del fin de la edad del bronce?

Es preciso en el estudio de estos problemas invertir su orden.

Ante todo se nota que los sepulcros de Almería no tienen nada de común con la civilización anterior. Representan una interrupción de la tradición cultural que sin solución de continuidad se comprueba desde el principio de la edad del bronce, pues si bien es muy desconocida esta edad en la Península, los pocos hallazgos son de todos modos suficientes para impedirnos creer en una interrupción brusca, durante ella, que transtorne el estado de cosas de principios de la edad y con ello acuse un cambio notable en la etnología.

Por otra parte los sepulcros de Almería, aunque vagamente, parecen influídos por la civilización hallstáttica de la época, que en la Península representan las estaciones catalanas. Con todas las reservas que impone la escasez de los materiales de estudio disponibles, puede suponerse que las estaciones catalanas constituyen el puente que une los sepulcros de Almería a la cultura de Hallstatt de la costa catalana. Claro está que se trata en todo caso de una mera influencia cultural y que aun con los sepulcros catalanes es difícil establecer ninguna relación étnica.

Teniendo en cuenta que ya entonces existían los tartesios en Andalucía, que, como hemos visto, difícilmente se pueden considerar

---

diario y el Egeo, en donde entonces sus pueblos navegaban hasta llegar al S. de Italia y a Sicilia (véase la multitud de objetos egeos de Pantalica, Plemmirio, etc.) ¿Quien sabe si así se explicarían satisfactoriamente hechos como la presencia de tipos de bronces nórdicos (los collares múltiples de bronce: Cartailhac, *Les monument primitifs des îles Baleares,* Toulouse 1892, p. 63, fig. 63) en Menorca que ya intrigaron a Cartailhac, así como otros hechos semejantes?

como de un pueblo idéntico al de los iberos, ya que las fuentes más antiguas constantemente mantienen la separación entre ambos, sea cual sea la relación de los sepulcros de Almería con la civilización anterior de la edad del bronce, cabe suponer que dichos sepulcros correspondan o bien a los tartesios o bien a los iberos en sentido extricto. Es muy difícil decidir tal cuestión, por la falta de hallazgos, sobre todo, en el territorio tartesio (bajo Guadalquivir) y no tenemos ninguna prueba de que Almería entonces perteneciera ya a los tartesios. De todos modos, por débiles que sean, creemos encontrar algunos indicios de que los sepulcros de Almería no son tartesios sino iberos, y que los primeros entonces no debían haber llegado todavía a Almería, ocupando tan sólo la cuenca inferior del Guadalquivir.

Difícilmente nos explicaríamos el cambio brusco operado en la civilización a fines de la edad del bronce si no es por un movimiento de pueblos: en la mayor parte de Europa en donde no existieron tales movimientos, la cultura de la edad del bronce se transformó lentamente en la nueva de la primera edad del hierro, conservando hasta muy tarde supervivencias de la antigua. Es chocante que a un relativo florecimiento como el del fin de la edad del bronce en Andalucía siga una cultura tan pobre como la de los sepulcros de Almería. Esto creemos que no se explica sino por una conquista de parte del país por unos recien llegados que en este caso serían los tartesios que viniendo del N. de Africa por el estrecho estarían aún muy lejos de la avanzada cultura que después tuvieron. Además veremos más adelante que difícilmente puede imaginarse otro momento para la entrada de los tartesios.

La civilización de los sepulcros de Almería representaría la de restos de la antigua población refugiada en el extremo SE. de España. Por razones que más adelante expondremos cabe suponer que se tratase de los iberos que llegando ya entonces bastante arriba de la costa oriental pudieron recibir y transmitir hasta Almería las influencias hallstátticas tomándolas de la civilización de las necrópolis catalanas. Si los sepulcros de Almería perteneciesen a los recién llegados tartesios no se explica como tan pronto hubieran podido ser influídos por una cultura tan lejana, interponiéndose entre ambos un pueblo como el de los iberos en sentido extricto que representando una etapa distinta de los tartesios en la población de España, debió estar en la costa oriental ya en la primera edad del hierro.

Se notan en los textos ciertos indicios de que en la época del Periplo los Tartesios o mejor dicho los Mastienos, incluídos o emparentados con ellos, dominan ya Almería y una parte del SE., llegando hasta el golfo de Alicante, en donde rozan el territorio de los llamados Gimnetas, una tribu cuya historia ulterior es desconocida (1); pero teniendo aun los mastienos sus raíces en Andalucía, ya que la mayor parte de su territorio está en la zona montañosa del S. de Andalucía, desde el Criso (Guadiaro). Más tarde, aunque hay ciertas dificultades para delimitar exactamente el territorio mastieno, parece que su centro de gravedad es Mastia, la capital, o sea Cartagena, y siendo su territorio propio el SE.: la arqueología nos demuestra que en la segunda Edad del hierro el SE. constituye una unidad indivisible, mientras que la zoma montañosa de Andalucía está culturalmente desligada del SE., perteneciendo por completo a Andalucía, cosa incomprensible si los mastienos hubiesen conservado todavía su antiguo territorio, o si éste prácticamente se hubiese diferenciado notablemente del verdadero territorio mastieno en el SE.

Esta variación de límite acusa el movimiento desde el W., en donde siempre estuvo el centro de gravedad de los Tartesios. Parece lógico suponer que el movimiento en cuestión, en la época de los

---

(1) Véase lo dicho anteriormente acerca de los Gimnetas, su territorio y su cultura. La suerte ulterior de los Gimnetas es desconocida. Mas adelante parecen encontrarse los Contestanos cubriendo el antiguo territorio gimneta (Plinio, 3, 20, llama al Júcar *finis Contestaniae),* pero es dudoso que los Contestanos sean los antiguos Gimnetas con otro nombre, ya que se extienden también por parte del SE. en territorio de los antiguos mastienos que desde la conquista cartaginesa del SE. desaparecen, por lo menos en cuanto a su nombre. Lo que la arqueología nos enseña por ahora del país de los Gimnetas es aun muy poco para la época posterior al fin del siglo IV: mientras por una parte parece que ciertas estaciones están en íntimo contacto con la cultura del segundo período de la costa de Valencia, parte montañosa de la provincia de Castellón y Bajo Aragón, lo que induciría a creer en la persistencia de los Gimnetas, que debemos suponer más próximos de los Iberos de Valencia que de los Mastienos de Alicante, en otro caso (estación de la Serreta de Alcoy) parece observarse una supervivencia notable de tradiciones de la cultura del SE. y precisamente de su variedad más adelantada (grupo de Elche-Archena), lo que induciría a creer que los pueblos del SE. se han infiltrado en el territorio de los antiguos Gimnetas.—Acerca de la Arqueología del territorio de los Gimnetas y de sus relaciones con las culturas vecinas, ver Bosch, *L'estat actual del coneixement de la cultura ibérica del regne de Valencia,* en la crónica del *Anuari del Institut d'Estudis Catalans,* V, 1915-1920, en prensa.

sepulcros de Almería, no habría llegado aun a esta región. Por lo tanto, dichos sepulcros no es probable que pertenezcan a los tartesios, sino más bien a un pueblo anterior a ellos, que nos atrevemos a suponer emparentado con los iberos de la costa de Valencia, que en tal caso representarían el resto de un pueblo mayor, o mejor dicho, de un grupo de tribus emparentadas y que representarían allí una etapa anterior a los tartesios.

La relación de las gentes de los sepulcros de Almería con los problemas étnicos de la edad del bronce es otro problema difícil: la edad del bronce ya desde su principio representa una gran unificación cultural que borra las marcadas diferencias anteriores que se correspondían con distintos pueblos. En todo caso, es característico que mientras en el principio de la edad del bronce el centro de la cultura se halla en Almería y no hay apenas relación con los demás países europeos, la avanzada edad del bronce representa un completo cambio, restableciéndose las relaciones intereuropeas y perdiéndose por Almería la capitalidad cultural que tuvo pasajeramente en la época de El Argar.

Existiendo antes de ésta precisamente en Andalucía una civilización floreciente correspondiendo a un pueblo con individualidad propia y distinta de la del pueblo de Almería, no cabe más explicación sino la de que dicho pueblo indígena de Andalucía, distinto del de Almería, sea el representante de la civilización de la avanzada edad del bronce, permaneciendo el de Almería mientras tanto oscurecido.

El súbito fin de tal civilización del bronce creemos que puede ponerse en relación con la llegada de los tartesios. Dato positivo en favor de esta hipótesis no hay ninguno, pero en cembio hay varios datos negativos de gran fuerza. Si los tartesios representasen la edad del bronce de Andalucía, ante todo no se comprende el paro súbito de la civilización a primeros de la edad del hierro, que es muy propio de un momento de luchas e invasiones; además en tal caso, o habría que atribuir a los tartesios la civilización del eneolítico del centro y S. de la Península, cosa difícil como veremos, o la unificación de la cultura en la época argárica representaría el pueblo tartesio, que sería el mismo de El Argar, cosa que llevaría muy lejos también, no creyéndolo probable, y que debe discutirse en otro lugar.

b) La civilización hallstáttica catalana y sus contrastes con la del interior de Cataluña.

En Cataluña se nota el contraste entre la cultura hallstáttica de las necrópolis, que se mantiene en una zona dependiente de Francia y paralela a la costa, y la civilización interior de tradición muy arcaica que se remonta al eneolítico y que sólo vagamente recibe elementos hallstátticos.

Creemos que en este contraste no puede verse otra cosa que una entrada en la costa de pueblos procedentes del S. de Francia, en donde están los precedentes inmediatos de la cultura que introducen y que se superpone a la población del país en el territorio que ocupan, quedando el resto intacto y continuando sus tradiciones anteriores.

Tal movimiento de pueblos del S. de Francia lo hemos puesto en otro lugar en relación con el empuje de los Celtas y acaso con una infiltración de Celtas en Cataluña, sólo comprobable con la arqueología y en una época en que ninguna fuente escrita permite aun sospecharla. Acaso otra oleada céltica ocasionaría la salida del S. de Francia de los núcleos que ocuparon el Centro y Occidente de la Península (1).

A fines de la primera edad del hierro la civilización que introducen, y por lo tanto el mismo pueblo, están en decadencia. Cuando termina el período sabemos por las fuentes que tribus ibéricas se han establecido en Francia, aunque no consiguieron desnaturalizar la etnología de su nuevo domicilio, en donde en seguida se habla de población mixta de iberos (los recién llegados) y de ligures (los indígenas) de Cataluña.

---

(1) La etnología de la cultura de la costa catalana de la primera edad del hierro ofrece un problema dificilísimo. Véase su planteamiento en *L'estat actual de la sistematitzacio de la primera Edat del ferro a Catalunya* (Anuari del Institut d'Estudis catalans, VI 1915-1920, Crónica, en prensa) y en *Assaig de recostrucció de la Etnologia de Catalunya*. La diferencia esencial entre las dos culturas catalanas parecen indicar una diferencia de pueblos. La identidad de la cultura de la costa con la del Sur de Francia anterior al tiempo de la gran espada de hierro hallstáttica, hace depender la solución del problema en Cataluña de cómo se resuelva el problema en Francia. En realidad estamos abandonados a la arqueología para resolverlo y puede parecer osado suponer un movimiento de Celtas hasta el S. de Francia anterior a todos los conocidos en esta región y para el cual carecemos de toda comprobación en las fuentes literarias. Pero es lo cierto que el carácter netamente hallstáttico y en el pa-

El momento de decadencia de la civilización emparentada con la del S. de Francia se corresponde con el del paso por allí de los iberos que marcharon hacia el otro lado del Pirineo. A posibles restos suyos que se mezclarían con los anteriores habitantes del territorio de paso, se debe que muy pronto engloben a estos las fuentes con la generalidad de los iberos, pero ya hemos visto que en el siglo VI el Periplo aun permite dudar de que los habitantes de toda la zona al N. de las costas de Garraf, o sea la misma que ocupan las necrópolis hallstátticas, sean iberos. El Periplo y las fuentes que le siguen llama a tal pueblo Indigetas. No hay ningún inconveniente en admitir que tales indigetas, que debieron ser un pueblo muy mezclado, con posibles elementos ibéricos procedentes de la retaguardia de los invasores del S. de Francia, sean el pueblo de las necrópolis post-hallstátticas, que a su vez absorvería elementos étnicos anteriores (1).

Así en Cataluña, en la primera edad del hierro, hay en la zona de la costa en su mitad N. una población mixta compuesta de elementos procedentes del otro lado del Pirineo y de elementos indígenas más o menos análogos a los que, manteniéndose más puros, representan la cultura del interior con supervivencias del eneolítico.

Los de la costa darían origen a los indigetas, mientras que en los del interior hay que encontrar las raíces del pueblo con una cultura

rentesco tan íntimo de la cultura en cuestión de Francia con la conocida céltica de las regiones del Rhin, de donde sabemos que partieron los movimientos celtas de Francia en los primeros períodos de la época de Hallstatt hace pensar en que tales semejanzas no se deban a una mera influencia cultural. Para el N. de Italia ha observado Hubert un hecho semejante, debiéndose, según él, interpretar como célticos y producto de las avanzadas de los grandes movimientos célticos conocidos, ciertas estelas encontradas en Liguria y todo el grupo de Golasecca (H. Hubert, *Notes d'Archeologie et de philologie celtiques* (Revue celtique, 1914, p. 14 y sig. de latirada aparte).

En nuestro caso a principios de la civilización hallstáttica: Hallstatt B. de Reinecke (950-850), época de la espada de bronce, o sea cuando los celtas conocidos comienzan a moverse por Francia, ya habrían llegado al S. desprendimientos anteriores que pueden haber partido del Rhin en el período anterior o sea en el Halistatt A de Reinecke (para algunos transición de la edad del bronce a la del hierro o Bronce IV) que se fecha entre 1100 y 950. Así tan sólo se explica que en dicha cultura del S. de Francia, que cronológicamente debe pertenecer al Hallstatt B y lo mismo en Cataluña, se mezclen tipos del Hallstatt B con otros que parecen derivar del Hallstatt A; uno de estos últimos es precisamente el tipo más característico en la necrópolis de Tarrasa, que tiene notables paralelos en el W. de Alemania.

(1) Véase para los Indigetas, así como para todos los problemas de etnología catalana nuestro trabajo citado: *Assaig de reconstr. de la etnol. de Catalunya*.

que se mantiene muy autónoma, pero también arcaizante, del primer período de la segunda edad del hierro, que hemos comprobado en la comarca de Solsona.

Cuál fuera la naturaleza de tales pueblos sólo es posible decidirlo en relación con las épocas anteriores. Hagamos constar tan solo que de la edad del bronce de Cataluña sólo se puede deducir la relación general de la cultura con la de toda la Península y con Francia, pero para volver a pisar un terreno seguro, aprovechable para deducciones etnológicas, es preciso pasar al eneolítico.

Los problemas etnológicos de la primera edad del hierro y de la avanzada edad del bronce vemos, pues, que tienen en parte sus raíces muy lejos. Lo mismo hay que decir del nombre. o mejor dicho de la familia de pueblos con nombre histórico, con que debemos relacionar los pueblos peninsulares que representan, tanto en Andalucía como en Cataluña, la capa étnica anterior a los Tartesios y a los Iberos. Schulten les aplica, a base de indicios filológicos, el nombre de ligures, pero conviene darse primero cuenta exacta de qué significa tal nombre y de cuál es la historia completa de las vicisitudes, relaciones y parentescos de tales pueblos, para lo cual precisa tratar de los tiempos anteriores.

IV. LA ETNOLOGÍA ANTERIOR A LA EDAD DEL BRONCE

a) La etnología de la primera edad del hierro y su comparación con la del neolítico y eneolítico.—b) La estabilización de los pueblos en la edad del bronce.—c) El pueblo de la cultura de Almería y los Iberos.—d) La superposición de los Tartesios a un pueblo anterior.—e) Los pueblos derivados del capsiense.—f) El pueblo pirenaico y los vascos. g) Conclusiones.

La dificultad que se experimenta al intentar aclarar los problemas de la etnología de los tiempos vecinos de los que ya aclaran las fuentes literarias, no puede encontrar solución más que acudiendo al largo período de tiempo que ocupa el final del neolítico, el eneolítico y los comienzos de la edad del bronce, tiempos de los que poseemos abundantes datos que permiten conclusiones claras, como hemos visto. Si tales conclusiones pueden ponerse en relación con las obtenidas para la primera edad del hierro, o sea cuando las fuentes literarias permiten conocer nombres de pueblos históricos, seguramente habremos dado un paso adelante en la etnología de la Península, que será fecundo en resultados.

a) La etnología de la primera edad del hierro y su comparación con la del neolítico y eneolítico.

En la primera edad del hierro teníamos a los tartesios, que se extienden en dirección E. a expensas probablemente de la población anterior. Antes de la llegada de los tartesios en Almería (siglo VIII) conocemos aquel pueblo por los sepulcros de incineración, que pueden atribuirse al extremo meridional del grupo de pueblos que luego se conocieron con el nombre de Iberos, de la costa oriental de España. La llegada de los Tartesios parece disolver la civilización del fin da la edad del bronce de Andalucía, que fuera de Almería no sabemos a quien perteneció, pero que por lo menos en la mitad W. no es probable que fuese de tales pueblos, que luego se llaman ibéricos (si no se debe a los mismos tartesios, cosa que nosotros no creemos). Las fuentes y la toponimia parecen indicar que la población pre-tartésica de Andalucía es la que Schulten supone ligura.

Del centro y W. de la Península no sabemos sino que los celtas en el siglo VI se superpusieron a una población anterior (en Avieno los Oestrymnios de la costa occidental), para Schulten ligura. En los extremos N. y SW. hay restos de poblaciones indígenas que no tienen un nombre de conjunto (los ligures del Periplo para el N. de España y en el S. de Portugal los Cinetas), pero que Schulten cree también ligures.

En Cataluña se introduce durante la primera edad del hierro una corriente de pueblos desde el S. de Francia (una posible avanzada de los grandes movimientos célticos) que introduce la civilización de las necrópolis hallstátticas y que se superpone en el NE. de Cataluña a la población anterior, que perdura en el interior (civilización de la cueva del Segre, y del poblado de Marlés). La costa del E. de Cataluña debieron atravesarla los grupos de iberos que pasaron al S. de Francia en el siglo VI, pero en el NE. de Cataluña no debieron alterar el aspecto de la población de manera muy sensible, pues en el siglo VI los indigetas todavía no se tienen por iberos. Tales indigetas deben ser el producto de la mezcla de los invasores de las necrópolis hallstátticas con los anteriores ocupantes emparentados con los del interior de Cataluña, a donde no llegaron aquéllos.

Este es el cuadro que debemos comparar si es posible con el del neolítico, eneolítico y principios de la edad del bronce. Vamos a re-

sumir también brevemente los resultados que obtuvimos para tales períodos.

Una población descendiente de los pueblos del capsiense produjo las civilizaciones de los megalitos de Portugal y la de las cuevas (convertida en la del vaso campaniforme en el eneolítico). En el N. de España se forma la cultura pirenáica acaso sobre la base del pueblo cantábrico del paleolítico superior con posibles infiltraciones capsienses. En Cataluña forma la base indígena el pueblo de la cultura de las cuevas, que se debió prolongar hasta cubrir todo el S. de Francia (restos de la invasión capsiense). Sobre esta base indígena del pueblo de las cuevas se coloca en la provincia de Gerona y por el S. hasta la línea Montsech-Solsona-Manresa-Barcelona, la invasión pirenáica, que también en el S. de Francia se superpone a una población anterior, y que en Cataluña acaso tiene su base en la provincia de Lérida al N. del Monsrech, en donde los pirenáicos parecen la población del paleolítico superior emparentada con la de Francia, y de la zona cantábrica, arrinconada por los movimientos del epipaleolítico.

En Almería parece haber entrado durante el neolítico un pueblo nuevo emparentado con la llamada raza mediterránea, pueblo que en el eneolítico se había extendido por todo el SE. de España y por la costa del E. hasta la mitad S. de Cataluña, habiendo entrado también por los pasos del Maestrazgo hasta el Bajo Aragón.

En el principio de la edad del bronce parecen subsistir tales diferencias étnicas, a pesar de la unificación de la cultura por influencia de Almería, pero en Cataluña se observa la vitalidad de la cultura de las cuevas sobreviviendo a todos los cambios y pareciendo que trata de absorber los elementos sobrevenidos (mina de Riner).

En Asturias se observa a principios de la edad del bronce que abunda el elemento braquicéfalo, semejante al que también existía en la cultura central, lo cual se compagina con las infiltraciones capsienses comprobadas anteriormente, tratándose en la edad del bronce o bien de las antiguas infiltraciones que salen a la superficie, o bien de nuevas desde el centro.

Veamos ahora qué se saca en claro de la comparación de ambos cuadros étnicos.

b) La estabilización de los pueblos en la edad del bronce.

Ante todo hay que notar la estabilización de la cultura desde los comienzos de la edad del bronce, estableciéndose en todo el occidente de Europa un cierto paralelismo de la evolución. Este hecho contrasta con el triunfo de la civilización argárica de Almería a principios de la edad del bronce, demostrándonos que la influencia de Almería fué pasajera y que pasada ella volvieron las cosas a su ser y estado anterior, no pareciendo haberse alterado apenas nada hasta el fin de la edad del bronce. Ello nos confirma que el pueblo de Almería no es tan indígena en la Península como los demás que en el neolítico y eneolítico conviven con él y a base de los cuales parece establecerse el equilibrio del Occidente de Europa a que aludimos, y que parece tener por base los elementos emparentados del fin del eneolítico, que propagan fenómenos comunes a grandes territorios y que no salen precisamente de Almería.

c) El pueblo de Almería y los iberos.

Por otra parte, es de notar que la extensión de la gente de Almería en el eneolítico coincide de una manera sorprendente con la de los iberos de la primera y segunda edad del hierro Efectivamente, su límite hasta Cataluña, en donde sus núcleos principales están en el S. continuando el territorio de la costa valenciana y del Bajo Aragón ocupado por la gente de Almería, hace pensar en la extensión por estos mismos territorios de la civilización de Almería en el eneolítico. En la época ibérica es notable el carácter arcaizante de la cultura del primer período del Bajo Aragón, que se explica perfectamente si pertenece a un pueblo que vive allí desde tanto tiempo (1). En cuanto al SE. de España, y en particular a la provincia de Almería, ya hemos dicho que parece como si en la primera edad del hierro los Tartesios se hubiesen introducido allí a expensas de los más meridionales de los pueblos que algo más al N. se conocen con el nombre de iberos. Si esto es así, no hay dificultad en admitir que éstos debieron ocupar el país desde mucho antes, y en tal caso no queda otra solución que dar a la identidad de límites del pueblo de Almería con la mitad N. de los pueblos ibéricos en el siglo VI el valor que

(1) Sobre el carácter arcaizante del primer período de la segunda Edad del hierro del Bajo Aragón y sus supervivencias que llegan al eneolítico, véase Bosch, *La investigació de la cultura ibérica del Baix Aragó* (1915-1920) *(Anuari del Inst. d'E. C.,* V, 1615-20, Crónica), en prensa.

nosotros le damos. Incluso puede utilizarse otro indicio: el tipo antropológico de los hombres de Almería, que en su gran masa es dolicocéfalo de aspecto mediterráneo, como es lógico que fuesen los iberos, emparentados según generalmente se admite con los demás pueblos del occidente del Mediterráneo y con los pueblos camitas del N. de Africa. El mismo tipo se encuentra también en las extensiones de la cultura de Almería en el Bajo Aragón (sepulcro del Cañaret de Calaceite) y al parecer también en los sepulcros de la cultura de Almería de Cataluña.

Si nuestra conclusión es legítima, hemos obtenido un importante resultado que nos permite relacionar un pueblo de nombre histórico con otro del eneolítico y aun del neolítico. Claro está que conviene dar al nombre de este pueblo su verdadero valor sin exagerarlo. No es esto decir que los hombres de Almería se llamasen ya Iberos, sino que representan la misma oleada de pueblos que, perdurando en la costa oriental de España a través de la edad del bronce hasta más tarde, son conocidos por el nombre de una de sus tribus parciales que se generalizó a todos, habiendo desaparecido el nombre de las demás, acaso las más típicas, puesto que eran las que vivían en el SE., o sea en el primitivo hogar de tales pueblos.

En caso de ser cierta nuestra hipótesis, se explicaría también el por qué hasta la provincia de Almería precisamente, llega en la primera edad del hierro la influencia lejana de la civilización hallstáttica de Cataluña y al mismo tiempo, porque en la civilización arcaizante del primer período ibérico del Bajo Aragón de la segunda edad del hierro, se recojen tantos elementos, que en parte se relacionan con la cultura de la primera edad del hierro de Cataluña: la identidad de la población en toda la costa E. de España, incluyendo en ella el Bajo Aragón, explica que la cultura traída por los invasores que desde el S. de Francia, parecen establecerse en la parte NE. de Cataluña, al transmitirse en forma degenerada a sus vecinos del S. de Cataluña y del reino de Valencia, llegase hasta Almería, en donde se encuentra un pueblo emparentado con el de los últimos territorios (1).

---

(1) Véase acerca del problema de los Iberos, en sentido estricto, como intermediarios de los tipos hallstátticos entre Cataluña y Almería, así como para el de la perduración de dichos tipos en el Bajo Aragón y en Valencia, Bosch, *La inv. de la cult. ib. del Baix Arag.* y *Estat actual del coneixement de la cultura ibérica del regne de Valencia* en la Crónica del *Anuari del I. d'E. C.*, V, 1915-20.

En tal caso y admitiendo el empuje de los tartesios en la primera edad del hierro, que absorbió más o menos a los iberos de Almería, podría explicarse como una lejana coincidencia con él, el que hizo pasar elementos ibéricos por la costa del NE. de Cataluña, estableciéndose en el S. de Francia, infiltrándolos también en el territorio de los Indigetas, de manera que preparasen la posible confusión de estos con los verdaderos iberos.

También queda con esto explicado, que los iberos y los tartesios sean distintos y en un principio se tengan por tales, aunque luego las positivas semejanzas que existían entre ellos, reforzadas por la adopción de la civilización del grupo tartesio por los Iberos, haga que acaben por confundirse. Aunque la naturaleza de los tartesios sea tan desconocida o más que la de los iberos, son muchos los motivos para considerarlos emparentados, particularmente los lingüísticos. Nos imaginaríamos los tartesios como una nueva oleada de pueblos del mismo tronco del que antes salieron los iberos. Algo así como las distintas invasiones de España, en tiempo de los árabes, por gentes llegadas sucesivamente de Africa.

d) La superposición de los tartesios a un pueblo anterior.

Los tartesios a su llegada debieron superponerse a la población anterior de Andalucía. Ya hemos dicho que parecía deber ponerse la llegada de los tartesios en relación con la interrupción de la cultura del fin de la edad del bronce. En tal caso, pareciendo que dicha civilización del bronce con su uniformidad respectiva la de todo el occidente de Europa, no es otra cosa que la continuación bajo un nuevo aspecto del estado de cosas del neolítico y eneolítico, llegaríamos a otro importante resultado, fecundo en consecuencias y que además aclararía los más graves problemas de la etnología prehistórica de la Península: *Los Tartesios, lo mismo que antes los Iberos de Almería, se superponen en distintos tiempos a un mismo estracto étnico: el pueblo que tiene su base en el de la cultura central de la Península, que desarrolló en el neolítico y eneolítico las civilizaciones de las cuevas y del vaso campaniforme.* Este pueblo y los que con él emparentados son los que ahora debemos estudiar.

e) Los pueblos derivados del capsiense.

Recordemos que a los pueblos de la cultura central del neolítico y eneolítico y de la civilización portuguesa de dichos períodos, los hemos

considerado como dos distitintas variedades con cierta sustantividad propia de un mismo pueblo, que no es otro que el descendiente del antiguo pueblo del capsiense. Así este nuevo estrato étnico nos lleva hasta el paleolítico superior.

Conviene tener presente aquí que el pueblo del capsiense en el epipaleolítico estuvo dotado de una gran movilidad y que se introdujo entonces en casi todo el occidente de Europa (movimientos del tardenoisiense). Tal elemento capsiense explica satisfactoriamente muchas cosas de la Prehistoria y de la etnología del occidente de Europa.

Ante todo, que exista tanto en la mayor parte de España como en el S. de Francia una misma cultura en el fin del neolítico (la de las cuevas con cerámica de relieves). Luego que, a pesar de la existencia en el N. de Francia de una cultura bien distinta y emparentada en sus orígenes más bien con la del N. de Europa, en ella misma se observe una cierta homogeneidad de raza o por lo menos los mismos elementos, aunque la mezcla no sea exactamente igual: recordemos que una de las características del pueblo capsiense, a juzgar por los cráneos de los kioekkenmoeddings de Portugal y por los de las estaciones de las culturas occidental y central de la Península, era la mezcla de dolicocéfalos y braquicéfalos que reaparece en Francia, en donde la antropología del neolítico se caracteriza también por la presencia de diversos tipos dolicocéfalos y braquicéfalos, mezclados de modo muy complicado y que han recibido distintos nombres (sobre todo el dolicocéfalo de Baumes Chaudes y el braquicéfalo de Grenelle), habiendo sido comparados frecuentemente con los de la Península, en donde ya en los kioekkenmoeddings portugueses se quisieron reconocer dichos tipos franceses. Hasta otro fenómeno de la antropología capsiense reaparece en Francia durante el neolítico: ciertos cráneos que se han querido considerar como negroidas y que han planteado alguna vez el problema de si en Francia se puede comprobar tal tipo como elemento de consideración, y que recuerdan los caracteres inferiores que el Prof. Mendes Corrêa comprueba en los cráneos de Mugem.

Esta infiltración de elementos análogos a los de la Península en Francia se refuerza con la expansión de la cultura pirenaica en el eneolítico por todo el S. de Francia. De la significación de la cultura pirenaica para la etnología de España trataremos en breve, pero aquí

debemos notar que es de suponer que en el S. de Francia, lo mismo que en las partes de Cataluña, en donde los pirenaicos representan una invasión, con la cultura pirenaica no debió entrar un elemento pirenáico puro, sino mezclado con una gran masa de población como la de la cultura anterior de las cuevas, esto es, se trataría de una minoría directora de pirenaicos dominando a una mayoría de gente de la cultura de las cuevas que reforzaría la ya existente, tanto en Cataluña como en el S. de Francia, y que en el fondo no era más que restos del pueblo del capsiense.

Hay ciertas probabilidades de que hasta en las islas británicas repercutiesen, tanto los primeros movimientos del capsiense-tardenoisiense como los del eneolítico que se prolongan a través de los que están relacionados con la propagación del vaso campaniforme, hasta el Rhin y hasta Holanda e Inglaterra. Pero esto es ya algo que hay que tratar en otro lugar.

Ahora nos interesa comprobar, que el estracto de pueblos que en la península representa los derivados del capsiense, y que corresponde a la capa inmediatamente anterior a la representada por los iberos y tartesios, formando distintos grupos independientes, en diferentes mezclas, pero siempre reapareciendo los elementos derivados del capsiense, se comprueba en todo el occidente de Europa y particularmente en Francia (sobre todo en el S.). Con ello no es difícil de explicar, que al adoptarse en todos estos países la civilización general de la edad del bronce, existía un cierto parentesco de todo el occidente de Europa, que hace revivir las mencionadas afinidades, derivadas del pueblo del capsiense. Y en lo que a la Península se refiere, los pueblos derivados del capsiense, son los que ofrecen la adaptación a dicha cultura del Occidente de Europa.

La suerte ulterior de tales pueblos derivados del capsiense en el interior de la península, en particular en el centro de España y Portugal es difícil de precisar, por las dificultades, dado lo escaso del material de la avanzada edad del bronce y la falta absoluta del de la primera edad del hierro, de seguir la relación con el de las épocas anteriores. Pero no es una temeridad afirmar que es probable que la estabilización notada en la edad del bronce de otros lugares y con ella la persistencia de los pueblos anteriores en sus antiguos domicilios se deba suponer también en el Centro de España y en Portugal. Sean cuales sean los pequeños movimientos interiores de estos luga-

res que pudieron alterar los límites de las tribus parciales, grandes movimientos o la presencia de nuevos elementos étnicos, ni se pueden comprobar ni es probable que tuviesen lugar. Así, puede suponerse la continuidad del pueblo de los megalitos portugueses y de la cultura central, o sea de los derivados del capsiense hasta el fin de la primera edad del hierro en que tiene lugar la invasión céltica. Así los Oestrimnios (pre-celtas) que la fuente del siglo VI de Avieno citan en la costa de Portugal y que parece ser la población dominada por los Celtas, asi como los Cinetas del Algarve, que permanecieron independientes, vendrían a ser los restos o tribus de aquel pueblo de la cultura occidental del eneolítico.

Un caso análogo lo tendríamos en los Gletes y Etmaneos de Andalucía si también representan un elemento pre-tartesio y pre-céltico, que vendría a ser una supervivencia del antiguo pueblo de la cultura central.

En Cataluña se observa también análoga supervivencia del propio pueblo de la cultura de las cuevas en el del interior de la primera edad del hierro, que en la segunda perdura en los Ausetanos y probablemente también (aunque acaso mezclado con descendientes de los Pirenaicos) en los Ausoceretas-Castellanos y en los Bergistanos (1).

Finalmente entre los pueblos que puedan conservar elementos del antiguo de la cultura de las cuevas hay que contar, aunque solo sea parcialmente a los Astures (=Draganos?), como se ha visto y sobre los que en seguida insistiremos.

f) El pueblo pirenáico y los vascos.

Pero en la península todavía queda en el mismo neolítico y eneolítico un último factor que explicar y que representa otro estrato étnico distinto del de los pueblos del capsiense. Es el pueblo pirenaico.

El pueblo que desarrolló la civilización pirenaica en el eneolítico, en su cultura se manifiesta fuertemente influído por los demás de la Península, pero la personalidad distinta de aquellas y el distinto tipo antropológico de los restos humanos de sus sepulcros, autorizan para creer, no solo que se trata de un pueblo aparte, sino incluso a relacionarlo con uno de nombre histórico. El profesor Aranzadi, ha en-

(1) El caso de los Ausoceretas-Castellanos ha sido tratado antes. Sobre los Bergistanos que ocupan la comarca de Berga y el alto Cardoner y que solo se conocen por las últimas fuentes, ver Bosch, *Assaig de reconstitució de la Etnología de Catalunya.*

contrado en los cráneos pirenaicos eneolíticos, los mismos caracteres de los vascos actuales y la identificación que sugiere tal semejanza, es sumamente verosímil por otras razones.

Después del eneolítico es difícil admitir ningún movimiento de pueblos que pudiese tocar el país vasco. El solo momento en que pudo esto suceder fué el de las invasiones célticas del siglo VI, pero estas no parecen haber penetrado allí, pues ni hay ningún indicio en tal sentido, ni en la tierra de los vascos hay nombres de lugar célticos. Mas bien parece que los celtas bordearon dicha región, probablemente, por encontrar obstáculos para penetrar en ella. Más tarde ya encontramos a los Vascones allí establecidos.

La arqueología en la segunda edad del hierro, si bien no nos aclara nada para el mismo país vasco, pues de él no se conoce nada, en sus inmediaciones nos muestra una cultura que tiene la base en general en la región cantabrica y probablemente también en Asturias, extendiéndose por la alta cuenca del Ebro: ahora se repite el mismo mismo fenómeno de la cultura pirenaica del eneolítico, se toman elementos de la vecina civilización post-hallstáttica de los celtas del centro de España, pero se desarrolla de un modo peculiar, que acusa una distinta personalidad étnica. Estos fenómenos, todos ellos análogos, parecen demostrar que en el N. de España no han tenido lugar a principios de la segunda edad del hierro cambios de población y sí solo adopción de determinadas culturas que se desarrollan de una manera personal, por lo que debe advertirse la persistencia de los elementos étnicos anteriores. El único cambio producido más tarde, es la entrada de los cántabros, que como se ha visto, representan un elemento ibérico tardío, que no toca al parecer tampoco el país vasco.

Si los pirenaicos del eneolítico fueron los antecesores de los vascos, puede sospecharse que desde mucho antes ya estaban en el país: ya hemos indicado las razones que permiten derivar los pirenaicos de las gentes del asturiense y aun del aziliense. Entonces parece que el movimiento de las tribus del capsiense roza ligeramente las tribus de la costa cantábrica, sobre todo por la parte de Santander y Asturias, así como en el principio de la edad del bronce permite suponer algo parecido; la mayor braquicefalia de Asturias (cosa que también parece perdurar hasta nuestros días). Pero de todos modos el pueblo pirenaico se mantuvo aislado en su región mientras los capsienses transformaban la etnología del occidente de Europa.

En el estado actual de la cuestión no queda más remedio que considerar que ya desde el paleolítico superior, cuya civilización perdura en el aziliense, estuvo establecido el pueblo que en el eneolítico desarrolló la cultura pirenaica y que fué el origen del vasco. Así tenemos en él un estrato de la población de España distinto del capsiense a pesar de los posibles contactos de ambos. Originariamente el pueblo origen del vasco se extendería también por toda la costa cantábrica y tendría íntimas relaciones con el del S. Francia del paleolítico; pero con las infiltraciones capsienses de Asturias y Santander quedó como sucesor de aquél tan sólo el vasco.

Esta conclusión aclara importantes problemas que parecían insolubles. Ante todo el caracter arcáico de la lengua vasca que resiste la comparación con ninguna otra y que pudo tomar muy bien elementos de las vocinas (según los filológos de la lengua ligura y sobre todo de la ibera) pero que en su fondo primitivo no es asimilable a ninguna. Ya veremos qué valor tiene la hipótesis de que los vascos fuesen ligures, según pretende Schulten.

Otro fenómeno interesante que ahora recibe una explicación satisfactoria es el de la presencia de ciertos nombres de lugar a lo largo del Pirineo hasta el N. W. de Cataluña (1) y que se han considerado siempre como vascos. La extensión de la cultura pirenaica hasta Cataluña (o sea hasta donde llegan dichos nombres de lugar nos da la clave del enigma).

En distintos lugares del presente trabajo y en otro (2) se ha hablado del pueblo pirenaico de Cataluña y de como parece que se pueda explicar. Resumiendo aquí nuestros resultados diremos que parece que la base paleolitica de que se formó el pueblo pirenaico catalán es también un pueblo representado por una cultura fuertemente diferenciada de la capsiense y análoga a la del S. de Francia, aunque pueda haber entrado en Cataluña independientemente de la extensión vasco-cantábrica. Los movimientos del capsiense arrinconan dicho pueblo en las comarcas más extremas del N. W. de Cataluña (Pirineo de la provincia de Lérida) y acaso entonces se estable-

(1) Véase R. Menéndez Pidal. *Sobre las vocales ibéricas R. y Q. en los nombres toponímicos (Revista de Filología Española*, Madrid, 1919, p. 225 y sig.), aunque considera tales nombres como ibéricos. Compárese el mapa de su extensión con el de la cultura pirenaica que aquí publicamos y nótese las extraordinarias coincidencias.

(2) Bosch, *Assaig de reconstitució de la etnología de Catalunya.*

ció el contacto con las últimas extensiones del pueblo análogo del Occidente del Pirineo. La formación la cultura pirenaica del eneolítico y su relativa uniformidad en toda la zona pirenaica desde el país vasco-navarro hasta Cataluña con su máxima expansión hasta la línea Montsech-Barcelona en el S. y a través de la S. de Francia por el N. acusan el punto álgido en la Prehistoria del pueblo (o mejor dicho de los pueblos emparentados) del Pirineo. Tal unidad pirenaica se rompe en los tiempos siguientes por la diferenciación de sus tribus en lugares de comunicación difícil, a la vez por el probable resurgimiento de los elementos no pirenaicos (de la cultura de las cuevas o sea los capsienses infiltrados en el territorio pirenaico durante los movimientos del epipaleolitico), resurgimiento que tiene lugar en muchos de los territorios pirenaicos. Así, lo mismo que en Santander y Asturias, en el Pirineo aragonés y catalán y sobre todo en la zona inmediata al S. se fueron desnaturalizando cada vez más los descendientes de los pirenaicos y asimilando a las gentes de la cultura de las cuevas. En la aurora de la historia conocemos de tales pueblos, en Cataluña, sobre todo los Ceretanos (que ya salen en el Periplo con el nombre de Ceretas) de la Cerdeña y elementos suyos mezclados con los pueblos más meridionales que mejor reflejan el de la cultura de las cuevas (representada sobre todo por los Ausetanos) se encuentran en los Ausoceretas-Castellanos y probablemente también en los Bergistanos. Es probable que en los valles pirenaicos de que no hablan las fuentes (Pallars, Valle de Arán, Ribagorza y valles del Alto Aragón) debieron existír restos análogos más o menos puros del pueblo descendiente del pirenaico, de los cuales no quedó más testimonio que los nombres de lugar semejantes a los vascos, a que se ha aludido. La final desnaturalización de tales pueblos como pertenecientes a la familia pirenaica vino por fin al formarse el núcleo ibérico de los Iacetanos en relación con los Aquitanos de Francia, con su centro en los valles de Jaca, desde donde irradiaron hacia el E. y el W. hacia la llanura del Ebro (1).

Por fin, en lo que al pueblo vasco-pirenaico se refiere, conviene recoger el paralelo que establece el Profesor Aranzadi entre los craneos vascos y los de la cultura de los palafitos de Alemania, y exa-

(1) Véase lo dicho anteriormente acerca de los Iacetanos en relación con los Cántabros.

minarlo a la luz de los nuevos resultados. Tal cultura palafítica, como probablemente una buena parte de la cultura palafítica de Suiza (aunque no exista del todo identidad entre ellas) representa un fenómeno producido por un pueblo constituído por factores en cierto modo semejantes a los que constituyeron el vasco o sea por restos de las gentes del paleolítico aisladas en tiempo de los movimientos del capsiense en regiones análogas (sobre todo el pueblo de los palafitos alpinos).

Se trata, pues, de dos desarrollos paralelos que conducen a resultados semejantes.

g) Conclusiones.

Resumiendo nuestros resultados en lo que hace referencia a los pueblos del neolítico y eneolítico, tenemos: que de ellos el de Almería es el antecesor de los iberos y representa el elemento étnico recién llegado. Los pueblos de las culturas central y occidental representan la continuación del pueblo del capsiense establecido en los mismos lugares desde el paleolítico y que en el aziliense penetró hacia el N., aislando en la región cantábrica y acaso también en el NW. de Cataluña, en donde estaba también desde el paleolítico, al que andando el tiempo se transformó en el pueblo pirenaico, que debemos considerar como el antecesor del vasco. Así tenemos en la Península dos pueblos fundamentales: el del capsiense y el pirenáico (luego vasco), los cuales representan la población verdaderamente indígena de la Península. Sobre el pueblo del capsiense viene a colocarse el pueblo de Almería (luego ibero) y más tarde (hacia el fin de la edad del bronce) los Tartesios, así como en la primera edad del hierro aparecen los Celtas, que probablemente se infiltran en la costa catalana en sus principios (hacia 900) sin pasar más adelante, y que hacia el 600, desde los pasos del W. del Pirineo, ocupan toda la Meseta y la mayor parte de la costa occidental.

V. LA CUESTIÓN LIGURA EN LA PENÍNSULA, SEGÚN LAS FUENTES FILOLÓGICAS Y LA COMPARACIÓN CON LOS RESULTADOS ARQUEOLÓGICOS

a) El problema y sus aspectos.—b) Las noticias de los antiguos.—c) La Toponimia.—d) La lengua vasca.—e) Crítica de los indicios filológicos.—f) El aspecto arqueológico del problema.

a) El problema y sus aspectos.

En las páginas que anteceden, al tratar de explicar objetivamente los hechos y de aplicar nombres conocidos a determinados pueblos prehistóricos, hemos evitado cuidadosamente mezclar en nuestra explicación el nombre de los ligures, que se ha solido aplicar caprichosamente a diversas culturas prehistóricas, y con el que se ha querido formar un pueblo de gran transcendencia para la etnografía del Occidente de Europa, presentándole Schulten como el indígena de la Península ibérica.

La ligereza con que han operado casi siempre los partidarios de los ligures y las discusiones que sus teorías han suscitado frecuentemente, con justo motivo, obligan en este punto a una extremada prudencia.

Pero obtenida una base firme sobre la que poder operar, y aclarados los pueblos de la Península y sus movimientos en los distintos períodos, en cuanto es posible en el estado actual de la investigación, debemos ahora examinar el problema ligur en lo referente a España y ver qué hay de aprovechable en las hipótesis hasta ahora formuladas.

Los motivos que se alegan para suponer una población ligura de la Península, anterior a los celtas y a los iberos (incluyendo a los tartesios entre los últimos), han sido principalmente ciertas noticias antiguas, la Toponimia y la lengua vasca.

b) Las noticias de los antiguos.

Hesiodo (1) habla de los ligures en el Occidente de Europa, dando a entender que son el pueblo extremo de nuestro continente, el Periplo fuente de la Ora Marítima de Avieno cita textualmente

(1) Fragm. 55 de la edición de Rzach: Αἰθίπάς τε Λίγυς τε ἰδὲ Σκύθας ἱππημολγούς.

al «ágil ligur» (1) en el N. de España y nombres como el de *Lacus ligustinus* (2) en el Bajo Guadalquivir en donde entonces viven otros pueblos (los tartesios). Eratóstenes (a través de Estrabón) dice que los antiguos llamaron a la península «Ligystine» o sea algo así como Liguria (3). Por fin nombres de otras tribus que no son ni ibéricas ni célticas (cinetas, oestrimnios, etc.), por diversas razones se suponen también ligures (4).

c) La toponimia.

La toponimia (5) por una parte ofrece en la Península nombres formados con los sufijos que se consideran ligures, en particular los con-sc-(-asc, -esc-osc) por otra parte comprende nombres que se interpretan como ligures y que en algunos casos sirven para designar accidentes geográficos que tienen otras denominaciones corrientes en las épocas más modernas, acusando, por lo tanto, una supervivencia de un período anterior (por ejemplo el de Perkes del Guadalquivir, cuando en la época ibérica se llama Tartessos). En este lugar hay que colocar también ciertos nombres de personas considerados como ligures (como por ejemplo el de Argantonio).

d) La lengua vasca.

Según Schulten, la lengua vasca con el pueblo vasco constituyen el resto viviente de dichos ligures (6).

e) Crítica de los indicios filológicos.

Hay que reconocer que los indicios de los grupos B y C serían por sí solos de muy poca fuerza. La posibilidad de que el vasco sea una supervivencia de la lengua ligura como quiere Schulten, es tan difícil de demostrar, como lo era la hipótesis tradicional de que los vascos eran los restos más puros de los iberos deducida de su lengua en la que perduraría la ibérica. De los argumentos de Schulten y de la

(1) V. 196 y sig.: propter hos pernix ligus | Draganumque proles sub nivoso maxime | septentrione colocaverant larem.

(2) V. 280: Tartessus amnis ex ligustino lacu.

(3) *Estrabón*, p. 92.

(4) Véase lo dicho anteriormente.

(5) Véase sobre la toponimia el libro de Schulten, *Numantia*, I.

(6) Schulten, *Numantia*, I.

crítica de Schuchardt (1), se desprende que si bien en la lengua vasca existen elementos que con seguridad son tomados del ibero, pueden muy bien comprobarse otros emparentados con raíces y otros fenómenos de aquellos otros restos lingüísticos que se suponen ligures, aunque en opinión de Schuchardt son estos últimos casi insignificantes. El verdadero fondo de la lengua vasca parece que queda con ello todavía inexplicado y parece ser algo del todo aparte en el cuadro general de las lenguas. Y si esto es así, no hay duda que a base de la lengua vasca, es difícil comprobar la presencia de los ligures en España.

La toponimia ligura, es otra base no excesivamente segura, sin que sea preciso aducir muchas pruebas para fundamentar la justa desconfianza, que toda hipótesis etnológica apoyada en tales bases ha de despertar seguramente, después de los fracasos de dicho método. Si por otro procedimiento se llegase a demostrar que existieron ligures en la Península, podría entonces utilizarse la toponimia de tal naturaleza para reforzar otros argumentos, pero dado el conocimiento tan deficiente que tenemos de lo que fuese el ligur, es difícil operar con estos elementos, sobre todo, teniendo en cuenta que frecuentemente la naturaleza ligura de una palabra o de una raíz, solo se deduce después de complicadas hipótesis y aún veces no están de acuerdo los filólogos en afirmarla.

Una cosa debemos retener como segura de la investigación de la toponimia peninsular, que por otra parte, está en buena medida todavía por estudiar. Parece demostrada la existencia de un estracto anterior a los iberos, así como a los celtas en dicha toponimia, pero como dichas palabras no llevan fecha en sí mismas y es difícil filiarlas con seguridad, hay que proceder con suma cautela con ellas.

Más convincentes, a pesar de las dificultades que ofrecen, son los argumentos derivados de los textos. A través de las fuentes literarias

(1) *Baskisch=iberisch oder=ligurisch? (Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien,* 1915, p. 109 y sig.) Incidentalmente habla de nuevo Schuchardt de este problema en el reciente trabajo citado: *Die iberische Inschrift von Alcoy (Sitzungsberichte der pr. Akad. der Wiss.* 1922) y viene a reconocer que aun en el caso de que el vasco fuese una supervivencia del ibérico puede constituir un prablema aparte del problema etnológico, por lo que el supuesto caracter ibérico (y podríamos añadir el ligur, si se comprobasen elementos ligures) del vasco no prejuzga la naturaleza del pueblo. Aquí quisiéramos referirnos a lo dicho en la introducción del presente trabajo acerca de la cautela con que se debe proceder en tales materias.

de la antigüedad, puede verse como los griegos creyeron, en la existencia de elementos ligures en la Península, sea cual sea el concepto que de tales pueblos pudieran tener y el valor probatorio que deba darse a su testimonio. Pero además, se nota que los ligures se mencionan solo en textos muy antiguos o que recojen una tradición arcáica. Es interesante detenernos en este punto.

La fuente más antigua es el fragmento de Hesiodo. Es cierto que no localiza a los ligures claramente en la península; pero parece referirse a los pueblos que se consideraban los más extremos de la tierra entonces conocida, citando a los ligures al lado de los etiopes y de los escitas, y, siendo la región más occidental de Europa la Península, que ejercía poderosa atracción sobre los pueblos del oriente del Mediterráneo, a causa de los minerales que de ella se sacaban, y habiendo comenzado ya en tiempo de Hesiodo las navegaciones focenses hacia Occidente, es probable que al referirse al extremo Occidente se quiera significar la península. Este razonamiento de Schulten, no hay duda que tiene cierto valor y que no puede rechazarse de plano, sobre todo si vienen otros indicios a reforzarlo. Que el objetivo principal de los griegos en el Occidente era la Península, es cosa segura y los argumentos que aduce Clerc (1) para demostrar que antes que la costa del S. de Francia debieron visitar la Península, son de peso: sobre todo, que desde Sicilia la navegación de cabotaje llevaba fácilmente, teniendo siempre a la vista la costa africana, a la península a donde es lógico que se encaminasen los griegos una vez firmemente establecidos en Sicilia y en la Magna Grecia, atraídos por la riqueza metalúrgica de España, hasta entonces solo explotada por los fenicios, que precisamente en el siglo VII comienzan a decaer, ofreciéndose a los griegos así una magnífica ocasión para dominar una de las más importantes fuentes de riqueza del Mediterráneo. Además indica muy bien Clerc que entonces, cuando todavía el comercio con el N. de Italia no estaba todavía tan desarrollado como más tarde ningún objetivo ofrecía aún el golfo de León y no es probable que los primeros viajes por el Occidente se dirigiesen a sus aguas, sino mas bien a las del S. de España.

Así el texto de Hesiodo, sin forzarlo ni ver en él cosas imposibles, puede muy bien ser referido a la Península.

(1) Clerc, *Les premières colonisations phocéennes dans la Mediterranée occidentale (Revue des études anciennes,* VII 1905, p. 329 y sig.)

Pero es el caso que Eratóstenes dice, según una cita de Estrabón, que los antiguos llamaron Ligystine a la Península. Esto, a pesar de que no se refiere a fuente concreta ni a fecha ninguna, indica por lo menos que Eratóstenes se hizo eco de una tradición muy antigua, viniendo a comprobar que para los griegos en la Península debieron haber existido ligures. Incluso sería muy posible que la tradición recogida por Eratóstenes arranque de Hesiodo o sea una interpretación de noticias de éste, como la referida acerca de los pueblos extremos del ecúmeno, pues en Estrabón aparece claro que Eratóstenes dió un cierto valor y aprovechó noticias de Hesiodo.

Todo ello aun resulta más convincente cuando se tiene en cuenta que en la fuente de Avieno se ponen los ligures en relación con la Península. Y conste que de momento no queremos ver en tales textos más que la prueba de que, en opinión de los primitivos geógrafos de Grecia, existían elementos ligures en la Península, prescindiendo del fundamento que pudieran tener para tal suposición y de cómo habían llegado a formularla.

El Periplo cita a los ligures en la Península cuando enumera las tribus occidentales del N. de España: el «pernix ligus», luego al describir al Guadalquivir habla del «lacus ligustinus». Además, otras citas del Periplo parecen poderse interpretar con seguridad como nuevos datos para la presencia de los ligures en España. Tal es la coincidencia del nombre de los Cinetas del S. de Portugal con el nombre del «litus cyneticum» (1) en las costas del S. de Francia, lugar en donde la principal población fué ligura hasta muy tarde, pues aunque allí hubo también iberos, los textos repetidas veces hablan de ligures o de éstos mezclados con aquéllos: así la coincidencia entre el nombre del golfo de la costa ligura del S. de Francia con el de la distante tribu del S. de Portugal viene a indicar una cierta relación de parentesco entre ambos lugares.

¿Qué significado debemos atribuir a esta aplicación del nombre «ligur» a cosas de la Península y en particular en concepto de denominación étnica? Es indudable que, sea lo que sea en realidad el verdadero pueblo ligur y la relación que con él pudiesen tener los pueblos de la Península, los griegos y precisamente los más antiguos que se ocuparon de aquéllos creyeron que en la Península los había. Este

(1) Avieno v. 565-566: ...post Pyrenaeum iugum iacent harenae littoris Cynetici.

problema está, pues, planteado con toda legitimidad y no se puede prescindir de él.

La solución puede ser doble: o existían verdaderamente ligures en la Península con tal denominación étnica, y en este caso la tesis de Schulten estaría demostrada en principio o había elementos que podían interpretarse como tales, y cuya verdadera naturaleza escapa a nuestro conocimiento.

A nosotros nos parece que dada la diversidad de grupos étnicos que siempre hubo en la Península y que, a pesar de que en muchos casos ofrecen importantes relaciones de parentesco que se mantuvieron muy vivas desde tiempos muy remotos es difícil admitir un pueblo unitario con un solo nombre en toda la Península y en parte de Francia, que además conservase, sea el nombre, sea la conciencia de la relación étnica con sus afines, estando tan distanciados unos de otros, como los cinetas de las tribus del S. de Francia, y separados per pueblos de distinta naturaleza (iberos, celtas). Pero la aplicación del nombre por los griegos y la existencia del mismo en territorio ya ocupado por otras tribus puede indicar a nuestro entender dos cosas: existiendo indudablemente un cierto parentesco, o mejor dicho, determinadas notas comunes en la etnología de todos los territorios que se atribuyen a los ligures, pudo en las lenguas de tales pueblos existir la palabra ligur con un significado que no conocemos, aunque no fuese precisamente la de una deominnación étnica, pasando luego en ciertos lugares a tener tal valor, o que existiendo una positiva semejanza entre todos los pueblos que los griegos tuvieron por ligures les aplicaron tal nombre, tomado de las tribus del S. de Francia que los griegos conocían mejor por estar enclavada entre ellas su colonia de Marsella. En tal caso no es preciso que se trate de una verdadera unidad étnica, pudiendo comprenderse entre ellos pueblos no sólo de distinta naturaleza e individualidad, sino de distinto origen, con la sola condición de que entre ellos presenten mayores analogías que con los otros pueblos que se consideran aparte, por ejemplo los iberos o los celtas.

f) El aspecto arqueológico del problema.

En realidad, sólo la arqueología puede darnos la solución: efectivamente, hemos visto que desde el paleolítico exíste un núcleo étnico que forma la base principal de la población de la Península y que

después se diferencia en distintos pueblos, después que se ha extendido por la mayor parte del Occidente de Europa, en particular por Francia y que se ha mezclado con los anteriores ocupantes. El resultado es que debió perderse la primitiva homogeneidad, formándose un mosaico de pueblos con personalidad marcada, que incluso debieron perder toda noción de su primitiva analogía; pero en todo caso es seguro que el fondo étnico común existía y que debió ser de trascendencia, tanto para establecer una cierto semejanza de costumbres, cierto posible parentesco en las lenguas, cierta aptitud para asimilarse los elementos de cultura extraños en una determinada forma o cierto paralelismo en la evolución cultural e incluso cierto parecido en el aspecto físico, sobre todo si se comparaban con pueblos de otras razas. Así se comprende que los primitivos geógrafos gríegos, sin profundizar en la etnología de tales pueblos, tomando como base sus notas comunes que les diferenciaban de otros grupos étnicos más distintos, les englobasen en una sola denominación y aplicasen ésta a todo pueblo inclasificable, pero que pudiese tener cierta semejanza con ellos.

He aquí como se llegó a encontrar también ligures en el N. de la Península, difícilmente conocida y en donde conocemos un pueblo por lo menos que es distinto de todos los demás del Occidente de Europa: el pueblo pirenaico o sea el antecesor de los vascos.

Parece, pues, que el problema de la ocupación de la Península por los ligures debe resolverse en el sentido de que los griegos incluyeron en él los pueblos que no formaban un grupo homogéneo, existiendo diferencias entre ellos sumamente grandes, y aun de origen.

Dentro de tal agrupación se comprenden en realidad los pueblos derivados del capsiense como los más apropiados de ella, y en este punto la aplicación a ellos de un nombre común, responde a un hecho positivo: el de que en casi todo el Occidente de Europa constituyeron el elemento étnico predominante y que absorbió todos los demás antes de la llegada de los demás pueblos históricos (iberos, celtas).

Un grupo distinto, en todo caso, le constituye el pueblo pirenaico (vasco), que representa un estracto étnico del todo diferente.

Creemos que de esta manera se explican satisfactoriamente los hechos y se ponen de acuerdo los textos (que indudablemente tienen siempre una razón de ser incluso cuando transmiten noticias equi-

vocadas) con los datos de la arqueología. Es por lo tanto legítimo en cierto modo, el empleo de la denominación de ligures, para designar la población precéltica y preibérica de la Península, en relación con la de Francia, pero en todo caso es preciso que se utilice con las reservas que se deducen de lo dicho anteriormente. Una de ellas debe ser la de separar de dichos pueblos ligures el vasco, que no ofrece más que analogías accidentales con ellos y que es de origen del todo distinto.

Así los pueblos ligures vienen a ser, en cierto modo, los que la arqueología nos enseña que son los derivados del capsiense, el nombre ligur responde a un criterio filológico y es el resultado de enfocar la cuestión desde el punto de vista de los textos antiguos, mientras que el nombre que hemos empleado nosotros frecuentemente: pueblos derivados del capsiense, responde a un criterio arqueológico que enfoca el problema partiendo de tales restos.

Conclusiones.

En pocas palabras podemos decir que en la península hemos comprobado la existencia de los siguientes estratos étnicos (a parte naturalmente de los neandertaloides del paleolítico inferior, cuyas supervivencias posibles son difíciles de reconocer:

I) *Pirenáicos (que perduran en los Vascos).*

II) *Pueblos del capsiense (que comprenden los llamados ligures).*

III) *Pueblos que perduran en los Iberos en sentido extricto (el pueblo de la culura de Almería).*

IV) *Tartesios.*

V) *Celtas.*

Podemos recoger nuestras conclusiones (1), reconstruyendo al mismo tiempo el proceso del desarrollo de la etnología de la Península de la siguiente manera:

I) Los movimientos de pueblos que introdujeron en la Península nuevos elementos étnicos o que alteraron sensiblemente la composición de los ya existentes parecen ser los que siguen: en el *epipaleo-*

(1) Para ser completos hemos incluído en estas conclusiones también las que se refieren a las épocas de que no nos hemos ocupado especialmente aquí, como es la segunda edad del hierro o a pueblos que hemos estudiado en otros lugares. Véase su fundamentación en los trabajos antes citados.

lítico los movimientos de los pueblos capsienses; *antes de fines del neolítico* la entrada en Almería de los que luego perduraron en los Iberos; *a fines del eneolítico* los movimientos de los pirenaicos por Cataluña y por el S. de Francia; *a fines de la edad del bronce* la entrada de los Tartesios en Andalucía; *en la primera edad del hierro* la entrada en Cataluña, ocupando su zona costera de gentes del S. de Francia (posibles avanzadas célticas); en la misma primera del hierro la ocupación del Centro y Occidente de la Península por los Geltas, terminándose su constitución étnica con la penetración de los Iberos en la Meseta y en Portugal.

II) Durante el *paleolítico superior* existen en la Península dos pueblos que vienen a ser los fundamentales de ella y los verdaderamente *indígenas,* a parte de los posibles restos de los neandertaloides del paleolítico inferior, cuyos rastros son por ahora imposibles de seguir. Tales pueblos son *el de la región cantábrica con el análogo de Cataluña* y *el de la cultura capsiense.*

III) *El pueblo de la region cantábrica y su afin de Cataluña* con el tiempo y con más o menos infiltraciones capsienses *se transforma en el que llamamos pirenaico del eneolítico* y que entonces se mueve por el NE. de Cataluña, penetrando también en el S. de Francia, aunque en los extremos de este movimiento estuviese seguramente muy mezclado con los elementos étnicos anteriores de estas regiones (descendientes de los capsienses). La continuación del pueblo pirenaico es el vasco, conservado puro sólo alrededor del Occidente del Pirineo.

IV) *El pueblo de la cultura capsiense* del paleolítico superior, *de origen africano* era seguramente de composición muy variada pues a juzgar por sus descendientes debió haber en él *dolicocéfalos, braquicéfalos* (éstos en minoría) y *elementos negroidas* que más tarde fueron asimilándose a los demás, *ocupando toda la península excepto la zona N.*

V) En el *epipaleolítico el pueblo capsiense penetra en Francia* llegando hasta su parte N. en donde desarrolla la civilización *tardenosiense,* mientras que *los elementos cantábricos* y su continuación en el SW. de Francia *quedan aislados* y desarrollan el *aziliense.*

VI) En el *neolítico* el *pueblo del capsiense desarrolla dos culturas: la de los megalitos portugueses* y *la de las cuevas* del resto de la península que se continúa con la del S. de Francia en donde, antes de la expansión de los pirenaicos en el eneolítico, los descen-

dientes del capsiense se habían conservado más o menos puros, mientras que en el N. de Francia la llegada de los campiñienses había transformado la manera de ser de la población de dicho territorio.

VII *A fines del neolítico* se comprueba la existencia de *un nuevo pueblo llegado* también de *Africa* al parecer y que *desde Almería* se extiende en seguida, *ocupando todo el SE.*, la costa oriental de la Península hasta la parte media de Cataluña y penetrando en ciertas regiones del interior: el Bajo Aragón por los pasos del Maestrazgo y en Cataluña los llanos de Urgel, las cuencas de Llobregat y Cardoner hasta Solsona y la comarca de Vich. Este pueblo es el que más adelante *perdura en el pneblo ibero (en sentido estricto).*

VIII) *De la subdivisión del pueblo capsiense* que desarrolló la cultura de las cuevas en la mitad S. de España, en el *pleno eneolítico* sale la *civilización del vaso campaniforme,* evolución de la anterior, influyendo notablemente en toda la Península y transmitiendo el tipo del vaso campaniforme en especial a la cultura pirenáica la cual es la transmisora al S. de Francia, siendo este el punto de partida para la propagación del tipo hacia el centro de Europa.

IX). *Durante la edad del bronce se estabiliza la etnología* de la Península. Después del episodio del principio, en que la cultura de Almería ejerce una notable influencia sobre todas las demás, aunque no parece pasar al otro lado del Pirineo, las influencias culturales dominantes vienen de los demás países del Occidente de Europa, encontrando en la semejanza de los pueblos derivados del capsiense que forman el núcleo principal de la población francesa, un terreno a propósito para que tal influencia fructifique, unificándose la civilización de todo el Occidente de Europa.

X) Este estado de cosas debió continuar en la mayor parte de la península (salvo en parte de Andalucía) hasta entrada la *primera edaa del hierro.* Entonces, penetran en *Cataluña* gentes del otro lado de los Pirineos, (acaso una avanzada de los movimientos *célticos* de la primera Edad del hierro. Tales invasores traen a Cataluña la civilización hallstáttica y ocupan tan solo las regiones próximas a la *costa* hasta los macizos de montañas de Barcelona. En el *interior de Catalnña* sigue intacta la *población anterior descendiente de la del neolítico y eneolítico,* pareciendo que debió absorver a los elementos pirenaicos entrados en el eneolítico la descendiente de las *gentes de la cultura de las cuevas* o sea de los pueblos del capsiense, que aquí

como en la mayor parte de la península viene a ser la verdaderamente indígena. Tal población indígena a penas si es tocada por la influencia de la civilización hallstáttica traida por los invasores de la costa, continuando tipos que se remontan a los de la antigua civilización de las cuevas.

XI) *A fines de la primera edad del hierro* (hacia 600 a. de Jesucristo entran procedentes del S. de Francia los *Celtas* por el Occidente del Pirineo. Ocupan toda la Meseta (evitando el país de los que ya se llamaran más adelante Vascos y que descienden de los antiguos pirenaicos). Siguen hasta Portugal y Galicia y por el Periplo conocemos los nombres de sus tribus extremas: en Portugal los Sefes y Cempsos, en el extremo S. de la cordillera ibérica los Beribraces. Tales tribus se reconocen en los distintos grupos de la *civilización de los celtas en la segunda edad del hierro,* la *cultura posthallstáttica* de las provincias de Soria, Guadalajara y Cuenca (Beribraces), la de los Castros de Galicia y del N. de Portugal (Sefes) y la de los Castros del Centro de Portugal hasta el golfo de Setúbal (Cempsos).

XII) La invasión céltica deja libre todo el *N. de España,* a donde sólo llega una *simple influencia cultural (civilización posthallstáttica del grupo del N. de España).* Allí (acaso en *Asturias)* las fuentes citan tribus que en parte confunden con los *ligures.* En realidad se trata de un pueblo allí existente acaso desde el neolítico, y que representa una *mezcla del pirenáico con el de la cultura de las cuevas,* que continuó las infiltraciones capsienses (¿predecesores de los que luego se llaman *astures?)*

XIII) De la población encontrada por los celtas en los territorios que ocuparon, queda noticia de los *Oestrimnios* de Portugal, que lo mismo que los *Cinetas* del S. no ocupado por los celtas, deben ser *restos de la población indígena de Portugal,* o sea la que en el neolítico y eneolítico desarrolló la cultura de los megalitos y que era una be las subdivisiones del pueblo del capsiense.

XIV) *A fines de la edad del Bronce* habían aparecido en *Andalucía,* probablemente cruzando el estrecho de Gibraltar, *los Tartesios,* representando una nueva oleada de pueblos libios o camitas de naturaleza análoga a la de las gentes de la cultura de Almería llegados en el neolítico. Los *Tartesios* se extienden poco a poco hacia el E., dominando toda Andalucía y penetrando en el SE. a expensas de los descendientes de la gente de la cultura anterior de Almería, cosa que

parece terminada en el siglo VI. Tanto en Andalucía como en el SE., es probable que los Tartesios absorviesen la población anterior, matizándose distintamente la mezcla según la distinta raza de aquélla: así mientras los Tartesios del SE. *(Mastienos)* se colocaron sobre un elemento étnicamente análogo a ellos (descendientes de la gente de Almería) en la mayor parte de Andalucía la mezcla con los descendientes del antiguo pueblo del capsiense debió darles cierto carácter distinto.

XV) La población que representa el *estrato étnico anterior al de los Tartesios,* o sea los *descendientes de las antiguas gentes de la cultura de Almería,* una vez terminada la ocupación del SE. por los Mastienos del grupo de los Tartesios sólo quedaron los *Gimnetas* del Periplo y los que la misma fuente llama *Iberos,* sin distinguir en ellos tribus particulares que solo conocemos luego en Hecateo (los *Edetanos* e *Ilergetas).* Tales iberos viven en la costa del reino de Valencia, en los macizos montañosos que separan las provincias de Valencia y de Alicante los Gimnetas y desde el Júcar hasta las costas de Garraf en Cataluña (al N. de Tarragona) los Iberos. Al nivel de la provincia de Valencia lindan con los celtas Beribraces, mientras que a lo largo de la provincia de Castellón y en el interior se encuentran también Iberos, por lo menos en todo el Bajo Aragón, como nos enseña la arqueología. Seguramente se trata de los descendientes de la extensión N. de las gentes de Almería en el eneolítico, que ocuparon exactamente los mismos territorios y esto explica el carácter arcaizante de su cultura en la segunda edad del hierro que solo de una manera lenta se asimila la civilización formada por los pueblos tartesios y mastienos en el Sur y SE. de la Península.

XVI) Después de los iberos al N., en el siglo VI (o sea según el Periplo) y después de un territorio del que nada dice (costa de la provincia de Barcelona) viven *los Indigetas,* que entonces *no parecen* ser considerados como *iberos* y que ocupan el resto de la costa de Cataluña y probablemente también el Ampurdán, hallándose detrás de ellos, en el interior, los *Ceretas* y *Ausoceretas* y, aunque no se citen, también los *Ausetanos que tampoco parecen iberos,* de igual manera que los *Sordones* que comienzan en el cabo Creus y que viven en el Rosellón, y los Elésices desde Narbona tampoco son pueblos ibéricos. En las fuentes que siguen al Periplo (desde Hecateo) los Indigetas se confunden con los iberos y constituyen una de sus tribus. Más lejos,

y en el S. de Francia, aparece un nuevo grupo de iberos que se ha superpuesto a las mencionadas tribus indígenas que, después del Periplo, se consideran como liguras, hablándose de la mezcla de ambos pueblos. Probablemente en todo ello tenemos la resultante de un movimiento de pueblos que coincide con la ocupación del SE. por los Tartesios. Un grupo de los iberos se desplazó hacia el N., llegando hasta el S. de Francia y pasando por el territorio de los Indigetas, en donde dejaría restos que poco a poco los asimilarían en parte a los iberos hasta ser posible su confusión con ellos, como ya comienza a aparecer en Hecateo. Originariamente los Indigetas debían ser la resultante de la mezcla de las gentes descendientes de la población eneolítica de la mitad NE. de Cataluña con los invasores que a principios de la primera edad del hierro introdujeron desde Francia la civilización hallstáttica y, finalmente, con elementos ibéricos que allí quedaron de los que hicieron la expedición a Francia en el siglo VI.

XVII) Después del siglo VI *los griegos* partiendo de las tribus que les eran más conocidas, o con las que tenían más frecuentes relaciones *generalizaron a todos los pueblos semejantes determinados nombres*. Así se extendió el nombre de los Iberos no solo a los Indigetas, sino también a los Tartesios. El nombre de los *ligures* (cuyo origen, no conocemos) se había comenzado a aplicar anteriormente a toda la población del Occidente de Europa no ibérica ni céltica (Hesiodo, el Periplo, Hecateo).

XVIII) Este estado de cosas: *Ibero-Tartesios* en Andalucía y en la costa Oriental de España con el Bajo Aragón y acaso buena parte de la cuenca del Ebro, siguiendo hasta el Rodano en Francia, *Celtas* en el Centro y Occidente de la Península y restos de los *pueblos anteriores* en el S. de Portugal. (los Cinetas) y en la zona costera del N. al parecer (los que luego se habrán de llamar vascos y astures), *sigue hasta que a fines del siglo IV comienza un nuevo movimiento* de pueblos que se perfecciona sobre todo en el *III*. El marco exterior de tal movimiento de pueblos, que da a la península su constitución étnica definitiva, son *en el S. la dominación cartaginesa de los Bárquidas, en el N. la conquista del S. de Francia por los Galos.*

La dominación cartaginesa de Andalucía y del SE., que tiene su mejor símbolo en la fundación de la capital cartaginesa de Cartagonova sobre la antigua Mastia, capital de los Mastiemos, *produce una penetración de desprendimientos de los antiguos Tartesios hacia el*

centro de España a expensas de los Celtas. Desde el SE. hacia la Mancha de los *Carpetanos,* que con los *Oretanos* de las inmediaciones de Sierra Marena, constituyen al parecer el ala oriental de este movimiento. El ala occidental la represesentan los *Vetones,* partidos seguramente del Occidente de Andalucía, extendiendose por Extremadura y llegando por los pasos entre las sierras de Gredos y de Gata hasta la cuenca del Duero (1).

XX) Las presiones de los Galos en el S. de Francia tiene por primer resultado hacer desaparecer los elementos ibéricos que antes allí existían hacia la parte oriental del Mediodía de Francia, quedando solo los de la parte occidental, en donde serán conocidos con el nombre de *Aquitanos.* El final de este movimiento lo tenemos, como resultado de una nueva presión céltica, en la línea del Garona, en el *desprendimiento de un grupo de Aquitanos* que atraviesa el Pirineo por los pasos de Jaca, estableciéndose en esta región del Alto Aragón *(Iacetanos),* pudiéndose suponer que una avanzada de ellos, perdida en la alta cuenca del Ebro y cortada su comunicación con el nucleo principal de los Iacetanos, probablemente por los Vascones, se *corrió Ebro arriba, saliendo a la costa por los pasos de Reinosa (Cántabros),* en donde al establecerse separó a los Vascos de los Astures,

---

(1) Es muy difícil reconstruir la iberización de la Meseta inferior, pues puede decirse que es una región casi inexplorada. Sin embargo hay un indicio que permite atribuir tal iberización a los pueblos de Andalucía y del SE.: las esculturas zoomórficas, llamadas comúnmente «bichas y verracos». Tan sólo en el SE. y en Andalucía se encuentra este tipo particular de escultura, que comienza con los bellos ejemplares de las esfinges de Agost, Salobral, Villacarrillo, los leones de Bocairente, de Baena, de Córdoba, la «Bicha de Balazote» y que ya en Andalucía parece comenzar a degenerar (león de Cabezas de S. Juan). Fuera del S. E. y de Andalucía sólo se encuentra semejante tipo de plástica animal en la meseta inferior y en las cercanías de los pasos entre las Sierras de Gata y de Gredos en la superior, por las provincias de Avila y Salamanca principalmente. Esto último es tanto más curioso en cuanto que coincide de una manera sorprendente con la extensión de los Vetones. La distribución de tal plástica animal, parece autorizar para considerarla como un indicio de la extensión por la meseta inferior de tribus emparentadas con las de Andalucía y el SE. a diferencia de la Meseta superior en donde la cultura ibérica de Numancia parece tener sus raíces más bien en la del Ebro y del reino de Valencia.

Acerca de este problema ver Bosch, *L'estat actual del coneixement de la cultura ibérica* (en prensa en el *Anuari del Institut d'Estudis catalans* 1915-20), en donde se publica un mapa de la distribución de las aludidas «bichas» que se corresponde con los de los períodos respectivos del presente trabajo.

ambos restos de los pueblos indígenas de la zona cantábrica, que desde entonces recibió el nombre de los últimamente llegados.

XXI) Con la presión gala y el fin del dominio ibérico del S. E. de Francia coincide un *movimiento de los pueblos análogos a los Indigetas,* que se despliegan al parecer en las tribus que desde el siglo III aparecen en toda la costa catalana hasta los montes al N. de Tortosa y en la montaña del interior de la provincia de Barcelona y de parte de la de Lérida: los *Cosetanos,* los *Laietanos* y los *Lacetanos.* Así como los Lacetanos parecen ser el ala occidental del grupo que conquista la región montañosa dal occidente de Cataluña a expensas de las tribus anteriores indígenas, supervivencia de las que se remontan a las de la cultura de las cuevas del neolítico, los Cosetanos representan una prolongación de los del Llano del Llobregat y Panadés fuera de sus anteriores límites naturales (el macizo de las costas de Garraf) por el campo de Tarragona a expensas de los Ilergetas. Detrás de los *Indigetas* en el N. de Cataluña siguen viviendo los *Ausetanos* y *Ceretanos* (1), así como en dos tribus que ahora se nombran por primera vez parece reconocerse un análogo elemento indígena no ibérico: los *Bergistanos* (por Berga) y los *Castellanos* (probablemente por la Garrotxa en la provincia de Gerona y los que antes se llamaban Ausoceretas).

XXII) La nueva etapa de los movimientos que tienen su base remota en la costa catalana es el *movimiento de los Ilergetas:* éstos son

(1) Los movimientos de los Indigetas los apoyan ante todo la identidad de la cultura de la costa catalana en el siglo III con la que desde ahora se introduce al parecer violentamente por las cuencas del Llobregat y del Cardoner hacia la comarca de Solsona (Lacetanos) y la disposición de estos Lacetanos arrancando de la costa, en donde antes había una cultura radicalmente distinta de la del interior de Cataluña. En el campo de Tarragona la extensión de la misma cultura de la costa (que apenas si conserva nada de la floración ibérica del período anterior y que contrasta con la del Urgel, que conserva muy puras las tradiciones ibéricas), es paralela de la sustitución de nombres de tribus: los Cosetanos reemplazando ahora a los Ilergetas que desde ahora sólo se encuentran al S. del Coll Balaguer (Ilercavones) y en el interior en los Llanos de Urgel (Ilergetas propiamente dichos). Parece como que en el siglo III vuelve a resurgir el carácter indígena de los pueblos al N. de Barcelona, desapareciendo la iberización de los mismos que no habría echado muy profundas raíces. (Acerca de estos problemas desde el punto de vista arqueológico ver *Prehistoria catalana* y el artículo citado del *Anuari del Institut d'Estudis catalans*, en prensa: *Estat actual del coneixement de la cultura ibérica,* pero sobre todo: *Assaig de reconstitució de la Etnología de Catalunya.)*

citados por primera vez por Hecateo como tribu de los iberos y seguramente vivían, antes de la penetración de los Cosetanos, en toda la costa del campo de Tarragona hasta ir a lindar con los Edetanos del reino de Valencia. La entrada de los Cosetanos divide a los Ilergetas en *dos grupos,* uno que queda aislado en los llanos de Urgel *(los Ilergetas propiamente dichos)* y otro que con su base en el rincón más meridional de Cataluña (comarca de Tortosa) ocupa toda la llanura de la provincia de Castellón hasta las sierras al N. de Sagunto *(Ilercavones).*

XXIII) La nueva etapa de este gran movimiento es la *penetración de elementos ibéricos en el centro de España* (meseta septentrional) con la base en el territorio de los Edetanos. Encontrándose éstos entre la presión ejercida por los Ilergetas-Ilercavones y las que seguramente debieron operarse en el S. a consecuencia de la dominación cartaginesa, parecen haber quedado reducidos a la llanura de Valencia y a las montañas del Occidente de Castellón, así como siguiendo por el Bajo Aragón continuaban por la cuenca del Ebro aragonés. Desde la tierra de los Edetanos *penetran elementos ibéricos en la alta meseta castellana a lo largo de la cordillera ibérica* (acaso por el camino alto Turia a buscar la cuenca del Jiloca) y desde el Ebro por la cuenca del Jalón. Lo cierto es que una vez calmado tal movimiento encontramos un pueblo nuevo establecido en todo el macizo ibérico, a lo largo del territorio de los Edetanos y llegando al alto Duero (cuencas del Jiloca, Jalón, tierras altas de Almazán, alto Duero) que es resultado de la mezcla de los anteriores ocupantes célticos con los invasores ibéricos: pueblo Celtíbero.

XXIV) La última etapa de este gran movimiento la tenemos en la ocupación del Duero medio por el grupo de los Vacceos y en el desprendimiento de los *Lusitanos,* probablemente desde el Duero y por la línea Salamanca-Ciudad Rodrigo, hacia Portugal, en donde debieron tener sus núcleos principales en la provincia de Beira, en las inmediaciones de la Sierra de Estrella. La causa de la penetración de los Lusitanos en Portugal la querríamos ver en la penetración de los Vetones en la cuenca del Duero que obligaron a aquellos a replegarse hacia el Oeste, metiéndose en Portugal. Tanto los Vacceos como los Lusitanos parecen análogos a los elementos Ibéricos del pueblo Celtíbero y probablemente sus avanzadas por el Duero hacia Occidente.

XXV) Después de la estabilización de la etnología de la península, transformada a consecuencia de los movimientos descritos, quedan diversos restos célticos en el extremo NE. de la Meseta Central (Sierra de la Demanda y Sierra Cebollera) los *Berones;* en el extremo SW. (mezclados con los Oretanos en las vertientes al N. de Sierra Morena los *Germani,* además de los importantes elementos célticos que mezclados con los Iberos recien llegados formaron el pueblo Celtíbero. En Galicia y el N. de Portugal, sobre todo en el Miño, los que ahora se llamarán *Celtici* y más tarde *Callaeci* y que en realidad no deben ser sino la continuación de los antiguos *Sefes,* que debieron ser apenas tocados por la invasión lusitana. Ésta dividió a los celtas del N. de Portugal de los del S., a los que en sus «raids» arrebató probablemente la Extremadura portuguesa obligándoles a replegarse hacia el S. con lo cual se ejerció una presión sobre los Cinetas, restos de la población pre-céltica, que ahora se llaman Conios y que debieron reducirse a la concha del Algarve en el S. de la Sierra de Monchique.

* * *

He aquí el resultado que hemos obtenido en nuestro ensayo de reconstrucción de la etnología de la Península en el estado actual de la investigación. Creemos que, a pesar de las lagunas en nuestro conocimiento de la arqueología de determinados períodos o de determinadas regiones, muchas de sus bases son seguras y van siendo cada vez más comprobadas por los nuevos hallazgos. Otra cosa que da a tal resultado una gran firmeza, es que, en cuanto se refiere a las épocas en que existen fuentes literarias y restos arqueológicos a la vez, las líneas generales de nuestro cuadro etnológico han sido obtenidas separadamente por ambos métodos de investigación. Así la revisión de los textos hecha por Schulten y su teoría de la prioridad de los celtas respecto de los Iberos en la Meseta y la superposición de ambos a una población anterior condujeron al mismo resultado que la valoración de los resultados de las excavaciones que en tan gran número se han venido sucediendo en los últimos veinte años. Es cierto que tanto los resultados de Schulten como los de la investigación arqueológica han sufrido mutuas rectificaciones parciales y seguramente los trabajos futuros obligarán a otras nuevas; pero todo ello no hace

más que impulsar progresivamente nuestro conocimiento de problemas tan importantes. La reconstrucción de la etnología de los períodos puramente prehistóricos puede parecer atrevida a quien no tengo a la vista todo el material arqueológico; sin embargo, creemos que poseemos hoy ya material suficiente para intentar un primer ensayo de conjunto y en el nuestro hemos procurado proceder objetivamente y teniendo buen cuidado de presentar cada conclusión con su verdadero carácter, sea de cosa segura o demostrada, sea de cosa probable o de mera hipótesis de trabajo. Muchas de nuestras conclusiones obtenidas ya en anteriores revisiones del material arqueológico, han sido reforzadas cada vez que nuevos descubrimientos venían a completar dichos materiales. Por ello nos atrevemos a esperar que si en lo sucesivo será preciso rectificar buena parte de nuestro trabajo, él representa una contribución al esclarecimiento de tales cuestiones, que solo ahora comienzan a ser conocidas sin que sea preciso echar mano de interpretaciones puramente subjetivas y con frecuencia fantásticas como muchas de las que se habían intentado para penetrar el misterio de nuestra historia primitiva.

Creemos también que una nueva contribución, y ciertamente no de poca importancia, se obtendría si fuese posible una investigación sistemática de la antropología prehistórica, histórica y moderna de la Península, para lo cual existen ya importantes trabajos (1), pero que todavía ofrece enormes lagunas que dificultan un resultado de conjunto satisfactorio. También la investigación del Folk-lore de las distintas regiones peninsulares sería de gran provecho para completar y hasta comprobar el conocimiento de nuestra etnología primitiva (2). Nos prometemos resultados altamente útiles de la comparación de los movimientos de los pueblos antiguos con los de la Reconquista, en que frecuentemente juegan factores geográficos o étnicos que han

(1) Véase sobre todo Aranzadi: *La Antropología de España* (Barcelona, Estudio, 1915) y la conferencia del mismo autor: *El tipo y la raza de los vascos* (Bilbao, 1919).

(2) En cuanto a Cataluña los materiales recogidos en el Archivo de Etnografía y Folklore de Cataluña del Seminario de Etnografía de la Universidad de Barcelona, parecen comprobar que con las supervivencias de ciertas prácticas primitivas, hasta en el folklore se marcan ciertas diferencias locales que a veces se ordenan sobre el mapa de manera que se observan notables coincidencias con los límites de culturas y de pueblos que nosotros hemos obtenido para las épocas primitivas. Sobre ello prepara un avance D. J. M. Batista y Roca.

sido de constante efectividad en nuestra historia (1). Y por fin el estudio de los dialectos de las lenguas peninsulares y de su gestación histórica, sobre todo en sus orígenes, está llamado a aclarar numerosos puntos obscuros de la etnología peninsular.

Sería de desear que en el estudio de todos estos problemas, que necesariamente debe emprenderse por investigadores de muy distinta preparación y de muy distintos métodos, se tuviesen siempre en cuenta los rasultados de los demás y no se perdiese de vista que la investigación arqueológica, cuando se practica sin diletantismos ni fantasías nocivas, constituye, con sus datos, con una cronología segura y su extensión a períodos a los que con otros métodos no se puede llegar, una de las bases más firmes en que puede apoyarse la reconstrucción de nuestro pasado étnico.

PEDRO BOSCH GIMPERA.
Profesor de la Universidad de Barcelona.
Director de las «Investigacions Arqueológiques de l'Institut d'Estudis Catalans».

(1) Acerca de esta interesante cuestión debo indicaciones utilísimas, acerca de los movimientos postertores y de cómo la topografía ha condicionado a menudo los caminos de penetración y la extensión de ciertas ocupaciones, a mi compañero de la Universidad de Barcelona D. Antonio de la Torre, indicaciones que frecuentemente han facilitado la mejor comprensión de determinados problemas de la topografía prehistórica o ibérica. Esperamos que el mismo Sr. de la Torre reunirá y publicará en breve sus observaciones.

ADDENDA ET CORRIGENDA

Durante la impresión del presente estudio han visto la luz trabajos que nos interesa mencionar aquí y que han sido tenidos en cuenta, en la medida de lo posible, durante la corrección de pruebas. También incluímos en este apéndice citas que se habían omitido y alguna rectificación importante.

Trabajos de conjunto o estudios de cuestiones generales

Åberg (Nils): *La civilisation enéolithique dans la péninsule ibérique* (Uppsala-Leipzig-París, 1921. Con interesantes puntos de vista acerca de las relaciones del material peninsular con el extranjero y algunas noticias o grabados de material nuevo o publicado antes defectuosamente.

Leeds (E. Th.): *Problems of megalithic architecture in the western Mediterranean* (tirada a parte sin indicaciones de lugar de publicación ni de fecha, probablemente 1920-1921).

A. del Castillo: *La cerámica incisa de la cultura de las cuevas de la península ibérica y el problema de origen de la especie del vaso campaniforme (Anuario de la Universidad de Barcelona,* 1922).

A. Schulten: *Tartessos. Ein Beitrag zur ältesten Geschichte des Westens* (publicación de la Universidad de Hamburgo) (Hambrgo, Friederichsen, 1922).

A. Schulten-P. Bosch Gimpera: *Fontes Hispaniae Antiquae* (publicación de la Universidad de Barcelona), fascículo I: *Avieno, Ora Maritima Periplo massaliota del siglo VI a. de J. C.) junto con los demás testimonios anteriores al año 500 a. de J. C.,* edición de A. Schulten. Barcelona, 1922).

Bosch Gimpera (P.), *Assaig de reconstitució de la Etnologia de Catalunya.* (Discurso de entrada en la R. Academia de Buenas Letras de Barcelona) (Barcelona, Imp. Atlas Geográfico, 1922).

Trabajos monográficos y publicación de materiales nuevos

NUEVO MATERIAL DE ARTE RUPESTRE:

Cabré (J.)-Pérez Temprado (L.): *Nuevos hallazgos de arte rupestre en el Bajo Aragón (Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural,* Madrid, 1921, tomo del 50° aniv.).

Hernández-Pacheco: *Nuevas pinturas rupestres en Tivisa (Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural,* 1921).

Mergelina (C. de): *La necrópoli tartesia de Antequera (Memorias de la Sociedad Española de Antropología, etnografía y prehistoria,* I, 1922).

Aunque publicado anteriormente, no citado en anteriores trabajos nuestros: Breuil, *Nouvelles roches peintes de la région d'Alpera (L'Anthropologie,* 1915, p. 329 y sigs.), con figuras de Los Carasoles del Bosque (Alpera), pertenecientes al grupo menos estilizado del neolítico.

T. de Aranzadi: *Breves explicaciones acerca de las excavaciones actuales en la cueva de Santimamiñe (Cortézubi) (Congreso de Bilbao de la Asociación española para el progreso de las ciencias,* XX, 1919, II, p. 19 y sig.), rectificando el nombre de la llamada cueva de Basondo, con pinturas y además con un yacimiento neolítico.

MATERIAL PORTUGUÉS MEGALÍTICO Y CULTURA CENTRAL:

V. Correia: *El neolítico de Pavía (Alentejo) (Memorias de la Comisión de Investigaciones paleontológicas y preshistóricas,* Madrid, 1921).

LÍMITE ENTRE LA CULTURA PORTUGUESA Y LA CENTRAL Y EXTENSIÓN DE LA PRIMERA EN EL ENEOLÍTICO.

(Trabajos publicados anteriormente, pero no valorados en su justa importancia hasta ahora.)

García y Faria: (P.): *La cova del Boquique (Plasencia, Extremadura) (Annuari del Institut d'Estudis Catalans, Crónica,* VI, 1915-20).

Pan (I. del): *Exploración de la cueva prehistórica del Conéjar (Cáceres) Notas de la Comisión de Investig. Pal. y Preh.,* Madrid, 1917), perteneciente como la anterior a la cultura de las cuevas del eneolítico inicial).

Morán (P. C.): *Investigaciones acerca de Arqueología y Prehistoria de la región salmantina* (Salamanca, Establecimiento Tipográfico de Calatrava, 1919), (sepulcros megalíticos de la provincia de Salamanca).

Morán (P. C.): *El Cerro del Berrueco en los límites de Avila y Salamanca (La Basílica Teresiana,* Salamanca, 1921), (poblado perteneciente a la cultura del vaso campaniforme, por lo menos hasta un cierto punto).

Mélida (J. R.): *Arquitectura dolménica íbera (Dólmenes de la provincia de Badajoz) (Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos,* 1914 y tirada aparte).

Mélida (J. R.): *Monumentos megalíticos de la provincia de Cáceres (Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos,* 1920 y tirada aparte).

Barras de Aragón: Nota acerca del sepulcro megalítico de Encinasola en el *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural,* 1920).

Díaz (E.): *Herba, ciudad de Tartesos (Vell i Nou,* Barcelona, 1921, número 18).

CULTURA DE LAS CUEVAS EN ARAGÓN:

Acerca del núcleo de estaciones de la cultura de las cuevas descubiertas por el Sr. Gúdel en la provincia de Huesca, análogas a las cuevas catalanas de la provincia de Lérida, ver R. del Arco: *Nuevos poblados neolíticos de Sena (Huesca) (Boletín de la R. Academia de la Historia,* LXXVII, fasc. II-IV, 1920).

Acerca de la extensión originaria de la cultura central análoga a la de las cuevas y estaciones emparentadas de Soria, Aragón y Cataluña, también por Valencia, ilustra el poblado neolítico de Náquera (prov. de Valencia), inédito, descubierto recientemente y que he conocido por amable comunicación del profesor don Antonio de la Torre y del Bibliotecario de la Universidad de Valencia Sr. Ibarra. Tales hallazgos concuerdan con otros en poblados anólogos del reino de Valencia hechos por D. J. J. Senent, que me ha favorecido con las noticias y que me ha mostrado el material.

GALICIA:

Una rectificación importante de lo dicho en trabajos anteriores nuestros acerca del sepulcro, megalítico de Puentes de García Rodríguez (La Coruña), la debo a D. Angel del Castillo, Delegado Regio de Bellas Artes de La Coruña. Dicho sepulcro que por su planta y por lo sencillo del material publicado de él por Saralegui: *Estudios sobre la época céltica en Galicia* (Ferrol, 1894), parecía un sepulcro de corredor incipiente como los de Tras-os-Montes de Portugal, hay que llevarlo al pleno eneolítico a causa de formar parte de su mobiliario el vaso campaniforme, parecido a los de la cultura pirenaica, que publicó Murguía en su *Historia de Galicia,* II (La Coruña, 1911), p. 566, lám. II, sin indicar su procedencia exacta ni circunstancias del hallazgo, por lo cual nuestra *Arq. Prerom. Hisp.* y Castillo (Alberto del) en su trabajo *La cerámica incisa de la cultura de las cuevas, etc. (Anuario de la Universidad de Barcelona,* 1922), lo daban como de procedencia desconocida dentro de Galicia. Don Angel del Castillo ha tenido la bondad de remitirnos el *Catálogo de la sección de Protohistoria gallega de la colección de Santiago de la Iglesia del Ferrol,* publicado por el mismo Sr. de La Iglesia en 1907 (sin pie de imprenta), en donde se reproduce dicho vaso campaniforme en la lámina de la página 3 y se indican las circunstancias del hallazgo al describirlo bajo el número 28. En el mapa del eneolítico que acompaña el presente trabajo ha podido tenerse en cuenta esta importante rectificación, con la cual se plantea el problema de la cronología de los megalitos gallegos sobre nuevas bases, no resultando seguro que deba contarse con una cultura megalítica gallega antes del eneolítico.

CULTURA PIRENAICA:

Aranzadi (T. de), Barandiarán (J. M. de), Eguren (E. de): *Exploración de dólmenes de Altzania* (San Sebastián, Imp. de la Diputación de Guipúzcoa, 1921).

Idem, íd., íd.: *Exploración de diez y seis dólmenes de la sierra de Elósua-Plazentzia* (íd., íd., 1922).

Idem, íd., íd., *Los nuevos dólmenes de la sierra de Encia* (Publicación de la Sociedad de Estudios Vascos, San Sebastián, sin fecha).

Sobre hallazgos de sepulcros megalticos en la provincia de Huesca: Mergelina, *lugar citado*, p. 43, nota y R. del Arco en el diario *Heraldo de Aragón*, del 26, mayo 1922, (sepulcro megalitico de Villlanueva de Sigena).

SEGUNDA EDAD DEL HIERRO:

Bonsor (J.): *Tartesos (Boletín de la Real Academia de la Histosia*, 1921).

Vicedo (C.): *Excavaciones en el Monte «La Serreta» próximo a Alcoy (Alicante) (Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y antigüedades*, número 41, Madrid, 1922).

Visedo (R.): *Historia de Alcoy y su región* (Alcoy, El Archivo de Alcoy, 1920-22).

Schuchardt (H.) *Die iberische Inschrift von Alcoy (Sitzungsberichte der preussischen Akademie der Wissenschaften, Phil. Hist. Klasse*, Berlín, 1922).

Serra y Vilaró: *Poblado ibérico de S. Miguel de Sorba (prov. de Lérida) (Memorias de la Junta Sup. de Excav. y ant.* n.º 44, Madrid, 1922).

ETNOLOGÍA:

Tan sólo durante la corrección de pruebas, hemos podido utilizar el importantísimo libro de E. Norden: *Die germanische Urgeschichte in Tacitus Germania* (Leipzig-Berlín, Teubner, 1920). Ver las págs. 389 y sgs., en donde se trata de los *Germani* de Sierra Morena, en relación con los movimientos célticos, así como otros lugares del propio libro que se refieren a la Península y el interesante estudio de la formación de los nombres de tribus y pueblos y de las vicisitudes de aquéllos.

PERSISTENCIA DE LA ETNOLOGÍA PRIMITIVA EN FENÓMENOS DE ÉPOCAS POSTERIORES:

La Torre (Antonio de): *Algunos aspectos de la romanización de Cataluña (La Academia Calasancia*, 1922, p. 198 y sig., 256 y sig. y 294 y sig.)